

# Reseñas

Monica H. GREEN. *The trotula: A medieval compendium of women's medicine*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2001 (The Middle Ages Series), XVII + 301 pp. ISBN: 0-8122-3789-4 [55 \$.].

Este libro ofrece un estudio monográfico, edición crítica y traducción inglesa de una obra de origen salernitano que fue el compendio de medicina de mujeres de mayor fortuna durante la edad media latina. Traducido tempranamente a diversas lenguas maternas, resultó también atractivo para las prensas europeas, que lo editaron en doce ocasiones durante el siglo XVI. No es ajeno a su popularidad medieval y renacentista que *Trótula* haya sido objeto del debate historiográfico sin duda más famoso y apasionado sobre la autoría médica femenina. Las atribuciones de autoría a mujeres han sido especialmente vulnerables a la crítica que, con recurrencia secular, las ha cuestionado con operaciones de política sexual que aplicaban prejuicios ocultos bajo un criterio de plausibilidad supuestamente neutro. Para la edad media, la historiografía del siglo XX ha desarrollado también propuestas de transformación en masculina de la autoría médica de Metrodora, por ejemplo, o Hildegarda de Bingen. Sin embargo, por su intensidad y duración, la polémica iniciada en 1566 sobre *Trótula* no es comparable con la generada por estos y otros casos de textos médicos conocidos con huellas de autoría femenina.

Por vez primera tras siglos de debate, Monica Green nos ofrece una monografía sobre *Trótula* basada, no ya en el texto renacentista o en el cotejo de un puñado de manuscritos, sino en el análisis del conjunto de los testimonios medievales. En publicaciones anteriores, Green había dado a conocer los resultados de sus investigaciones codicológicas y filológicas que cartografiaban una geografía densa e inhóspita de versiones manuscritas para trazar una historia textual que identificaba, clasificaba y distinguía quince distintas etapas de composición de *Trótula*. Este libro es consecuencia y primer desenlace de los fundamentos establecidos en esos trabajos previos de investigación básica. Presenta aquí una edición crítica basada en nueve manuscritos de lo que Green considera la versión más estable de la compilación, datable a mediados del siglo XIII y que denomina conjunto estandarizado. Pensado y escrito para que sea también accesible al público no especializado, acompaña encarada a la edición crítica una traducción inglesa del texto latino, ambas generosamente anotadas. The University of Pennsylvania Press anuncia, asimismo, una edición en rústica del libro sin el texto latino, probablemente con el objetivo de buscar

una audiencia más amplia; los niveles de lectura que ofrece el presente volumen lo hacen ya accesible, sin embargo, a un público no especializado.

En su introducción, Green muestra como el compendio de medicina femenina conocido como *Trótula* en torno a 1200, y poco después atribuido ya a una «Trótula» autora, es resultado del trabajo de compilación de un/a editor/a anónimo/a de tres textos originalmente independientes redactados en Salerno, o en el sur de Italia, a mediados del siglo XII: el *Liber de sinthomatibus mulierum*, el *De curis mulierum* y el *De ornatu mulierum*; los tres, a su vez, de autoría anónima. Green considera que en estos textos, muy distintos entre sí, se encuentran rasgos característicos y representativos de la cultura médica salernitana entendida como fusión y reelaboración de tradiciones eruditas y empíricas, árabes y latinas. En este sentido, es especialmente interesante el intercambio de prácticas empíricas que Green documenta, en el *De ornatu mulierum*, entre mujeres cristianas y musulmanas, un aspecto al que la historiografía ha dedicado menor atención que a los contactos entre tradiciones textuales vehiculadas por la lectura y la traducción.

La identificación y estudio detallado de los tres textos que conforman la compilación permite a Green el estudio independiente de cada uno de ellos y de sus contextos de elaboración, además de historizar su posterior fusión y atribución medieval a una «Trótula» autora. En mi opinión, se trata de una aportación muy importante no sólo a la historia de estos textos sino a los modos en que se manifestó, en la edad media, la autoría femenina y las formas en que se textualizó el reconocimiento a la autoridad médica de las mujeres. Green establece que el *De ornatu mulierum*, un texto que describe las prácticas empíricas de las mujeres salernitanas, es de autoría masculina y considera probable que lo fuera también el *Liber de sinthomatibus mulierum*. Sin embargo, como resultado de sus investigaciones sobre la literatura salernitana, considera que el *De curis mulierum* deriva de la actividad textual de la sanadora Trota de Salerno, la más famosa de las mujeres salernitanas del siglo XII y la única de ellas que las fuentes individualizan con nombre propio y como autora de la *Practica secundum Trota*. Una vez desentrañada la historia de los tres textos que dieron lugar a *Trótula* y demostrado que ese título es una transformación del nombre de la sanadora histórica, sólo cabe esperar que futuras publicaciones nos ofrezcan ediciones de la obra de Trota, de las versiones originales de los tres textos independientes y estudios sobre los saberes y la práctica sanitaria de las mujeres salernitanas. Además de su indiscutible riqueza intrínseca, pienso que este libro es también importante por motivos de mayor alcance historiográfico. En primer lugar, porque muestra, una vez más pero en este caso de forma especialmente diáfana, hasta qué punto las ediciones renacentistas de los

textos medievales han ofuscado el estudio de la medicina de siglos anteriores. En segundo lugar, porque el trabajo erudito sobre las tradiciones manuscritas puede llegar a definir una historia de la medicina que atraviesa una supuesta frontera entre historia intelectual e historia social. Y también porque, en mi opinión, implícitamente, este libro rompe con los términos del debate sobre la des/autorización femenina que *Trótula* había simbolizado durante siglos. Una polémica en la que se concedía a la autoría textual individual la capacidad de significar, en exclusiva, la autoridad femenina en la historia de la medicina.

MONTSERRAT CABRÉ I PAIRET  
Universidad de Cantabria - MIT, EE.UU.

Luis GARCÍA BALLESTER. *La búsqueda de la salud. Sanadores y enfermos en la España medieval*, Barcelona, Editorial Península [*Historia, Ciencia, Sociedad*, 321], 718 pp. ISBN: 84-8307-402-8

La imagen tradicional acerca de la historia de la medicina medieval española ha recalado de forma especial la importancia de la Corona de Aragón en su desarrollo, con muy escasos acercamientos hacia el mundo castellano. Desde la ya clásica síntesis de Antonio Cardoner Planas *Història de la Medicina a la Corona de Aragó (1162-1479)*, aparecida en 1973, pasando por los abundantes estudios sobre la figura de Arnau de Vilanova, al que Juan Antonio Paniagua dedicó notables análisis —recogidos en parte en sus *Studia Arnaldiana. Trabajos en torno a la obra médica de Arnau de Vilanova, c. 1240-1311* (1994)—, hasta el propio Luis García Ballester, editor responsable, además, del la edición crítica de las *Opera Omnia Medica* de este médico, en general todos los historiadores han incidido en el relevante papel jugado por los territorios de la Antigua Corona de Aragón en el proceso de asimilación, traducción y difusión del pensamiento científico clásico. Quizás, también ha contribuido a esta hipertrofiada imagen la intelectualmente poderosa escuela española de historiadores de la ciencia centrados en el período medieval, como José María Millás Vallicrosa, Julio Vernet o Julio Samsó. Salvo el Toledo del siglo XII, el resto de Castilla apenas había merecido una atención sistemática por parte de los historiadores de la medicina y de la ciencia hispanos, de tal forma que de la Escuela toledana se pasaba al fecundo periodo renacentista, sin apenas solución de continuidad, salvo algunos comentarios más o menos exigentes sobre la aparición de las Universidades en la corona castellana, especialmente Salamanca. ¿Quiere decir lo hasta aquí dicho que no han existido acercamientos rigurosos al mundo medieval castellano? Por supuesto que sí, aunque parciales y centra-

dos en algunas figuras o cuestiones significativas de esa medicina medieval, como Mosse ben Samuel de Rocamora, más conocido por Juan de Aviñón, o Alfonso de Chirino, entre tantos otros.

El libro que me digno reseñar es una obra importante, por diversas razones. En primer término porque ofrece, por primera vez en la historia de la medicina hispana, un panorama general, muy completo, diverso y lleno de matices, de la medicina medieval en los antiguos territorios de la Corona de Castilla. En segundo término por lo novedoso del acercamiento. Y finalmente, porque el autor, llevado de un deseo totalizador en su acercamiento a la cuestión, trata temas escasamente tenidos en cuenta en otros estudios, y los mejor conocidos los aborda introduciendo novedosos elementos en su análisis. Con rotundidad he de afirmar que, tras la edición de esta obra, hay un antes y un después en el conocimiento sobre la historia de la medicina medieval hispana.

*La búsqueda de la salud* está estructurada en seis amplios capítulos. En el primero se nos ofrece un amplio panorama teórico sobre la medicina en la Castilla medieval. En el segundo, la fundamentación doctrinal del galenismo medieval y la aparición de los nuevos profesionales, médicos universitarios y médicos de formación abierta. En el siguiente, se estudia la producción y circulación de obras médicas, dedicando especial atención a notables figuras, algunas mejor conocidas y otras menos, como Juan de Zamora, Juan de Aviñón, Alfonso de Chirino y otros. Aborda García Ballester en el capítulo cuarto el determinante papel de las minorías, judía y mudéjar, en el curso de la medicina medieval. En el siguiente epígrafe se trata del control social de la práctica médica. Finalmente, en el último capítulo se analiza con detenimiento «la ciencia y el oficio de la boticaria».

Luis García Ballester construye su obra sobre una hipótesis altamente atractiva, que la sociedad bajomedieval europea y castellana se interesó por la medicina no sólo como un arma efectiva en la lucha contra la enfermedad, sino como una vía para el logro del ideal de salud. La salud, sinónimo de prosperidad y bienestar, se convirtió en un ideal en el mundo castellano medieval, que cimentó entre los siglos XII y XIII desde el marco conceptual del galenismo. A partir del siglo XII la medicina se fundamentó en la filosofía natural, es decir, en los *libros naturales* de Aristóteles. La medicina, convertida de esta forma en *scientiae*, fue saber común para doctos y profanos, y en cuya difusión y expansión la lengua castellana jugó un determinante papel.

En el proceso de formación del *medicus*, la Universidad castellana, especialmente en el sur de la península, tuvo escaso relieve, por razones aún no

suficientemente claras. Junto al médico de formación universitaria, es decir, el procedente de un sistema cerrado de conocimientos, existió otro modo de formación, abierto, de gran éxito y alcance poblacional, en el que el futuro sanador aprendía su oficio junto a un maestro. García Ballester dedica una parte notable de su obra a analizar de forma detallada ambos modelos, especialmente el segundo, dando razón de las motivaciones políticas y sociales que matizaron ambos tipos.

También es muy novedoso el acercamiento que hace García Ballester al capítulo terapéutico, central para el galenismo. Su fuerte inclinación a la polifarmacia explica que la preparación de medicamentos fuera determinante en la medicina la época. Utilizando como principales fuentes documentales diversos recetarios, como el de Enrique IV, el de la casa de Alba y el de Murcia, se analiza de forma detenida el polivalente mundo profesional de la boticaría, el papel de las minorías no cristianas en su desarrollo, los conflictos de competencia, y la notable significación del arte de la destilación en la preparación de compuestos medicinales.

*La búsqueda de la salud* es el resultado de muchos años de dedicación al mundo de la medicina medieval de Luis García Ballester. No es obra de síntesis, pero a pesar de tratarse de una obra de alta investigación, está escrita con una gracia y atractivo fuera de lo común. Por desgracia, es obra póstuma, más los desvelos de Jon Arrizabalaga, su fiel amigo y colaborador, han hecho posible que vea la luz tal como Luis deseaba. La fecundidad científica de García Ballester dejó en prensa algunos otros estudios que, sin duda, añadirán nuevos matices a esta importante obra.

GUILLERMO OLAGÜE DE ROS

María Soledad CAMPOS DÍEZ. *El Real Tribunal del Protomedicato castellano (siglos XIV-XIX)*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha [Colección Monografías, 25], 1999, 424 pp. ISBN: 84-89958-79-3.

«La escasez de fuentes y textos legales existente sobre la organización sanitaria española ha sido puesta de manifiesto en repetidas ocasiones». Esta reiterada queja iniciaba el capítulo dedicado por mí al marco legislativo sanitario naval del periodo ilustrado en mi memoria de doctorado. Pues bien, con la monografía que se reseña y gracias a María Soledad Campos, los y las investigadoras venideras que estudien el periodo moderno en España tendrán

menos motivos de queja, lo que se traducirá en menos quebraderos de cabeza. La monografía de la doctora Campos se adentra en el estudio del Real Tribunal del Protomedicato castellano como tribunal colegiado y supremo de carácter técnico destinado a controlar las profesiones sanitarias. Se trata, como sabemos, de un tribunal con jurisdicción especial, en función de la materia y de las personas sobre las que ejercía sus competencias. El análisis abarca todo el periodo de la existencia del Tribunal, desde su creación en 1477 hasta su definitiva y oficial desaparición en 1822, dando cuenta de los diversos avatares vividos por el mismo (abolido anteriormente en 1799 fue restablecido en 1801; abolido por segunda vez en 1804, restaurado por la regencia de las cortes de Cádiz en 1811, Fernando VII lo suprimió de nuevo en 1814; restablecido por los dirigentes durante el trienio liberal, celebró su última sesión el 28 de marzo de 1822).

El Protomedicato ha sido abordado en diversas ocasiones como objeto de análisis histórico desde la historia de la medicina y de la farmacia (véase la excelente introducción y repertorio bibliográfico de María Luz López Terrada en el volumen 16 de esta misma revista, dedicada monográficamente al estudio del Tribunal). Pero faltaba por hacerse un abordaje del mismo desde su perspectiva jurídica y legislativa, siendo como era, ante todo un tribunal administrativo burocrático. No resulta extraño ya que algo parecido ocurre en otros ámbitos de carácter sanitario.

El libro basado en la tesis doctoral defendida por la autora aporta, entre otras, la novedad del acercamiento de la historia del derecho. Se trata de un ambicioso estudio jurídico, que ha utilizado un amplio abanico de fuentes, no solamente de carácter legislativo, baste para sostener este juicio el listado de archivos consultados por la investigadora: Archivo de Palacio, Archivo General de Simancas, Archivo Histórico nacional, Archivo de la Real Academia Nacional de Medicina). La autora pretende y consigue, a juicio del que esto escribe, un abordaje del Real Tribunal del Protomedicato como «institución administrativa», en la complejidad de sus relaciones con otras instituciones y organismos burocráticos dentro del complejo burocrático creado por los sucesivos monarcas del Antiguo Régimen.

Comienza la monografía con una introducción, declaración de objetivos y fines, y un estudio historiográfico («start point» anglosajón), como corresponde a un ensayo de carácter doctoral, incluyendo textos escasamente utilizados por los historiadores de la medicina y de la farmacia, que tienen la virtud de rellenar algunas de las lagunas que la desaparición de los archivos de la institución en el incendio de 1939 nos habían planteado a los investigadores que hemos trabajado sobre el Tribunal. La monografía se divide en tres partes

diferenciadas. La primera parte está dedicada a la evolución histórica del Tribunal, desde su creación en 1477 hasta su definitiva desaparición en 1822, dedicando especial atención a las transformaciones sufridas durante la etapa de los reinados borbónicos; la segunda parte, más interesante a mi modo de ver, analiza la cambiante estructura orgánica de la institución y de sus miembros, así como las competencias y conflictos generados por ellas, para terminar centrándose en la dinámica de su funcionamiento. La tercera parte pasa revista a las biografías de los diferentes protomédicos de la corona castellana.

Es de destacar esa segunda parte que intenta reconstruir el funcionamiento del Tribunal y los conflictos competenciales, conflictos con otros organismos de la administración de justicia y conflictos, también de carácter interno (que no fueron pocos, habida cuenta de la heterogénea y dispar composición de las personas administradas, médicos, cirujanos, boticarios, albéitares, barberos). La autora realiza un exhaustivo análisis de la composición y estructura del Tribunal desde su presidencia hasta el personal subalterno, pasando por los examinadores, comisionados, asesores y fiscales, personal del que, en definitiva, depende la eficacia de este tipo de organismos burocráticos. Es de agradecer también la reproducción de buena parte de los documentos originales, de gran utilidad para aquellos que trabajamos aspectos no jurídicos de la acción del Protomedicato. El hecho de que la mayor parte de éstos se reproduzcan en la notas hace que la lectura de la monografía no pierda fluidez, dentro de la relativa aridez de este tipo de ensayos de doctorado. En la balanza de los débitos se echan de menos algunos de los últimos trabajos publicados sobre el Tribunal del Protomedicato y quizá un poco más de celo en la labor de edición de la obra (la inclusión de índices de personas e instituciones citadas permite un manejo más flexible de este tipo de obras), cuestiones, que por otro lado, todos los que hemos publicado memorias de este tipo, con un *decalage* importante desde su confección hasta su publicación, sabemos perdonar.

La obra representa, a mi modo de ver, una lectura imprescindible para el conocimiento de las profesiones sanitarias en el periodo moderno, así como todo un excelente catálogo de fuentes indispensables para el estudio del control del ejercicio de las profesiones sanitarias. La reiterada presencia de María Soledad Campos en los congresos y *simposia* de historia de la medicina, nos congratula doblemente; por un lado, nos amplía la perspectiva y el campo de investigación con las aportaciones venidas desde la historia del derecho; y, por otro, nos tranquiliza pensar que la tan nombrada interdisciplinariedad se hace realidad en algunos casos.

La inclusión de esta reseña en este volumen de *Dynamis*, dedicado monográficamente a la realidad de la práctica médica en el periodo estudiado

por su autora, permitirá a los investigadores establecer comparaciones entre esta realidad, parcial y difícilmente estudiada del ejercicio cotidiano de la medicina, la cirugía y la farmacia, y la legislación, las ordenanzas y los decretos que teóricamente regulaban este tipo de actos sanitarios.

MIKEL ASTRAIN GALLART  
Universidad de Granada

Micheline LOUIS-COURVOISIER. *Soigner et consoler. La vie quotidienne dans un hôpital à la fin de l'Ancien Régime (Genève 1750-1820)*, Genève, Georg Editeur, 2000, 318 pp. ISBN: 2-8257-0694-9.

Casi de manera automática (y no sé si premeditada por parte de su autora), este título, *Soigner et consoler*, rememora otro, *Surveiller et punir* (Foucault, 1975). De confirmarse esta expectativa, el libro reforzaría la controversia historiográfica bipolar que hasta fechas muy recientes ha enmarcado el estudio de la institución hospitalaria. No ha caído en esa trampa la autora o al menos no de forma explícita. El objetivo general de su trabajo ha sido recuperar y valorar la importancia de los cuidados ofrecidos a los enfermos ingresados en el *Hôpital générale* de Ginebra entre los años 1750 y 1820, bien entendido que la dimensión médica de este hospital (la presencia permanente de enfermos en sus salas es un signo de medicalización), como la de cualquier otro de Antiguo Régimen, no se contrapone a su papel de regulador social: en el hospital, una especie de sociedad pequeña, interactuaban las mismas clases y poderes que lo hacían extramuros, generando también allí prácticas tutelares, asistenciales y de control social. A esa sazón, ella sólo ha estudiado la población hospitalaria caracterizada como enferma por los administradores y acogida en dependencias diferenciadas al efecto (el 46,5% del total de 26.449 personas ingresadas a lo largo del periodo). El estudio carece de un sentido volcado hacia la historización. Su concreta acotación temporal es puramente instrumental: abarca un periodo que ha permitido calibrar el alcance concreto de las grandes transformaciones experimentadas por la medicina y la cirugía, pero su precisa justificación no ha sido otra que la disponibilidad de fuentes que permitieran realizar un estudio cuantitativo, en concreto la construcción de una serie temporal extendida entre 1750 y 1819. De hecho, apenas hay una ordenación diacrónica de los sucesos y las referencias a coyunturas particulares son de trazo grueso. El lugar de la economía es prácticamente inexistente. Domina el método sociológico y el lector percibe en todo momento ese gusto por la atemporalidad. El único tiempo rememorado con cierto detalle es el de las



vidas de los protagonistas de la historia. Su interés por rescatar la cotidianidad consumida en el hospital ginebrino por los enfermos y sus cuidadores ha privilegiado el recurso a la composición de historias individuales, relatos fugaces de estancias de enfermos y breves reseñas biográficas de algunos de sus asistentes, el *hospitalier* Abraham Joly, el *gouverneur* David Haas o los cirujanos Daniel Guyot y Etienne Meschinet. Micheline Louis-Courvoisier valora explícitamente los métodos de la microhistoria. La propia estructuración y ordenación de los contenidos del libro revela esa opción narrativa: se ha querido reproducir la secuencia temporal del proceso asistencial desarrollado en régimen de internamiento, entrada (cap. 1), estancia (caps. 2, 3 y 4) y salida (cap. 5), un proceso cargado de humanidad.

El capítulo 1º, *Les malades et leur entrée dans l'hôpital* (pp. 17-81), ofrece, por tanto, una caracterización de dichos enfermos, cuya eventual hospitalización exigía reunir una doble clase de condiciones: el reconocimiento de una enfermedad y de una situación económica y social precaria. Dicha caracterización presenta, no obstante, un sesgo muy significativo, causado por la existencia de grandes lagunas documentales (la serie sólo registra en toda su extensión el sexo de los asistidos): sólo una tercera parte de los 12.299 enfermos ingresados recibieron un registro diagnóstico, hasta 145 diferentes (entre los más frecuentes, *gale, fausse rache, blessures, aliénés y maladies vénériennes* —escrito así—, que la autora clasificó utilizando nosologías contemporáneas); los apuntes relativos al estado civil, profesión, origen geográfico y duración de la estancia corresponden a sólo tres años (1761, 1792 y 1817) y los de la edad a sólo dos. Tales lagunas no le han impedido componer subepígrafes muy ingeniosos e informativos: *Le célibat: une nécessité?, L'homme et la fleur de l'âge, Une question de distance*. Por su parte, el capítulo 2º, *Le premier contact du malade: la direction, sa structure, ses initiatives médicales* (pp. 83-138), analiza el papel desempeñado por la dirección del hospital. El dominio del poder político es casi absoluto: de los once miembros de la dirección, diez están implicados directamente en el gobierno de la ciudad; el otro es un religioso. La dirección monopoliza el ejercicio de la admisión hospitalaria y lo trasciende al ocuparse de otras cuestiones terapéuticas y de interés higiénico general. A este respecto la figura del *hospitalier* (mayordomo) resulta esencial: de él depende la gestión diaria y el cuidado de los enfermos. Los capítulos 3 y 4, *Au lit du malade: gouverneurs et gouvernantes, valets et domestiques* (pp. 139-180) y *Le malade et le médecin* (pp. 181-241), dan cuenta del personal asistencial. Los enfermeros y enfermeras, laicos, que no realizan curas, muy próximos socialmente a los enfermos y, en general, perfectamente integrados en el hospital, «juegan el papel de correa de transmisión entre los diferentes poderes y el enfermo» (p. 139). En general, al igual que los criados, eran reclutados tras su paso como asistidos por el hospital, una vez

que habían mostrado un tipo de cualidades y condiciones individuales especialmente valoradas por los administradores: fidelidad, disponibilidad, experiencia, humanidad, limpieza. Por su parte, los médicos y los cirujanos, uno de cada clase durante todo el periodo, ocuparon plazas de «figurantes» en el hospital (realizaban una visita diaria); sin poder alguno (tampoco en la admisión), casi sin voz (ni tan siquiera para opinar sobre las funciones de los cuidadores y enfermeros) y casi absolutamente faltos de iniciativas. Por último, el capítulo 5, *Sortir de l'hôpital* (243-259), presenta las condiciones de la salida de los enfermos, y subraya el papel de ruptura que siempre representa ésta: por el eventual fallecimiento o por quebrarse la relativa placidez conseguida en sus dependencias: «la salida debe ser casi tan inquietante como la entrada» a causa de la precariedad socio-económica (p. 251). Las tasas de mortalidad son de hecho muy elevadas: entre un 17% y más de un 19%, según los decenios. Las explicaciones de tan elevada mortalidad (más acentuada en el caso de las mujeres) remiten a la gravedad de los padecimientos, mayor en el caso de las mujeres, que alargan el plazo de espera para entrar en el hospital: como señaló el *hospitalier* Abraham Joly, ellas «ont plus de patience de leurs maux».

No es precisamente la paciencia la virtud que estimula la lectura de este libro, que está redactado con un estilo ágil, pleno de frescura y vitalidad (las mismas que tuvieron los protagonistas de su historia). A la consecución de tal efecto no ha sido ajena la buena selección de las fuentes utilizadas (entre ellas los *Fonds Tissot* de la *Bibliothèque Cantonale* de Lausanne). El libro contiene, asimismo, una excelente selección bibliográfica (ninguna referencia española).

JOSÉ VALENZUELA CANDELARIO  
Universidad de Granada

Alan J. ROCKE. *Nationalizing science: Adolphe Wurtz and the battle for French chemistry*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, xi + 436 p. ISBN: 0-262-18204-1 [32.50 £].

Después de escribir una excelente biografía del alemán Hermann Kolbe, un detractor de las ideas atomistas, Alan Rocke ha dirigido su atención hacia uno de los más famosos de los atomistas de la segunda mitad del siglo XIX: el químico y médico alsaciano Adolphe Wurtz. Autor de un popular libro sobre la teoría atómica y de numerosos trabajos en el campo de la química orgánica, Wurtz representa un caso excepcional en el panorama de la ciencia francesa de su tiempo en la que predominaron las posturas en contra del atomismo, gracias a la labor de autores como Marcellin Berthelot. Aunque menos famoso

que su rival, Wurtz ha sido objeto en los últimos años de diversas investigaciones por parte de Ana Carneiro y Nathalie Pigéard que han analizado la escuela de investigación formada en torno a su laboratorio de París en el último tercio del siglo XIX. Recogiendo algunos de estos trabajos, Roche estudia con especial atención los primeros años de la vida científica de Wurtz y, además de la reconstrucción de la personalidad del biografiado, ofrece nuevos datos sobre las investigaciones en química orgánica desarrolladas en Francia durante el segundo tercio del siglo XIX. En este sentido, Roche está en consonancia con las tendencias historiográficas que han defendido un nuevo uso de las biografías en la historia de la ciencia.

El libro de Roche sigue un orden cronológico con diversos temas y perspectivas que se entrecruzan en sus capítulos. Comienza con un análisis de los dos personajes que más influyeron en la formación de Wurtz: Justus Liebig y Jean-Baptiste Dumas. Estos dos autores realizaron notables contribuciones al atomismo y a la química orgánica durante los años treinta, por lo que la revisión de sus biografías sirve a Roche para ofrecer un panorama general sobre estas investigaciones. Resulta muy interesante, por ejemplo, la reconstrucción de la creación y la difusión del famoso *Kaliapparat* de Liebig que transformó el análisis orgánico en ese periodo. Debido a su sencillez de manejo, este nuevo aparato encajó perfectamente en el método didáctico que Liebig desarrolló a su llegada a Giessen. Roche compara las ventajas institucionales que gozó el autor alemán con las de su colega y rival francés Jean Baptiste Dumas, quien, por el contrario, tuvo que mantener un laboratorio privado para poder desarrollar sus investigaciones.

Por desgracia, no todos los personajes que influyeron en la obra de Wurtz han merecido estudios tan detallados como los disponibles para Dumas o Liebig. Precisamente, uno de los problemas del libro reseñado es el deficiente conocimiento de muchos autores que jugaron un papel relevante en la ciencia francesa que conoció Wurtz. Es previsible que un mejor conocimiento de la actividad de personajes tan importantes como Thenard, Orfila, Chevreul, Dumas o Pelouze hubiera beneficiado al conjunto del texto. También hubiera sido conveniente que Roche hubiera analizado con más profundidad las instituciones en las que enseñaron e investigaron estos autores y que, en algunos casos, sirvieron para que Wurtz profundizara su formación en química: Collège de France, Faculté de Médecine, Faculté de Pharmacie, Sorbonne, Ecole Polytechnique, Ecole Normale, etc. Un estudio detallado de estas cuestiones conducirá a cambiar o a matizar algunas de las conclusiones de Alan Roche, especialmente aquellas referentes a las dificultades en el desarrollo de investigaciones de laboratorio en Francia durante la primera mitad del siglo XIX.

Los tres capítulos siguientes están dedicados a la formación de Wurtz y a sus primeros pasos dentro del agitado marco político y académico de la monarquía de Luis Felipe, la breve experiencia republicana y los primeros años del Segundo Imperio. Tras estudiar en su tierra natal, Wurtz viajó a París donde contactó con Dumas quien, entre otros muchos puestos, ocupaba la cátedra de química orgánica —una de las primeras con este nombre— en la Facultad de Medicina de París. Fue en esta institución donde Wurtz realizó sus primeros pasos como agregado y, más adelante, como profesor de química hasta llegar a ser decano durante el período de Victor Duruy en el ministerio de instrucción pública. Esta fulgurante carrera tiene bastantes similitudes con las de su inmediato predecesor, Mateu Orfila, quien facilitó el viaje de Wurtz a Alemania para visitar a Justus Liebig. Tanto en este capítulo como en los anteriores, Roche emplea la abundante correspondencia entre los científicos de la época, alguna de ella publicada durante el primer tercio de este siglo por los pioneros alemanes de la historia de la ciencia. También hace un abundante uso de la documentación conservada en los archivos nacionales de Francia, en particular de la serie F17 que corresponde al Ministère de l'Instruction Publique, donde existen gran número de expedientes relacionados con Wurtz.

Tras analizar los primeros trabajos de Wurtz en química orgánica, el capítulo sexto está dedicado a su «conversión» a la química reformada defendida por Laurent, Gerhardt y Williamson y basada en un nuevo sistema de pesos atómicos procedentes de las fórmulas de «dos volúmenes». Muy pocos autores franceses de su época dieron este paso y Wurtz tuvo que realizar un gran esfuerzo en diversos planos para convencerlos de sus ideas. Roche analiza sus iniciativas dentro de la recién creada Société Chimique de France y su participación en el congreso de Karlsruhe de 1860. Dentro de esta campaña, Wurtz también publicó varios libros de texto, aunque no en todos ellos pudo emplear el sistema atomista, y un popular *Dictionnaire de chimie*, escrito según el modelo del *Handwörterbuch* dirigido por Liebig, Wöhler y Poggendorff. Lamentablemente, Roche no profundiza en esta importante parte de la biografía de Wurtz ni en la difusión que tuvieron estas publicaciones. Por el contrario, Roche se muestra interesado por las publicaciones de Wurtz en las revistas científicas de la época, especialmente las relacionadas con la química orgánica. Entre ellas, analiza las relacionadas con la obtención del «glicol», un alcohol doble que abrió la puerta a numerosas síntesis orgánicas.

Otro autor decimonónico generalmente asociado con el desarrollo de la síntesis orgánica fue paradójicamente el mayor rival de Wurtz: Marcelin Berthelot. Roche dedica el capítulo octavo a estudiar sus contribuciones, con especial atención a su famosa obra *Chimie organique fondée sur la synthèse*, y analiza los

primeros contactos entre Wurtz y Berthelot así como las causas que dieron lugar al nacimiento de su rivalidad. La polémica entre «equivalentistas» y «atomistas» es estudiada con más detalle en el capítulo titulado «The Atomic War», donde Roche insiste sobre algunas de las tesis que defendió en su libro *Chemical Atomism in the Nineteenth Century*. De este modo, el lector encontrará un desarrollo más detallado de los conocidos puntos de vista del historiador norteamericano sobre las diferencias entre el «atomismo físico» y el «atomismo químico» y las consecuencias que su confusión produjo entre los químicos y los historiadores posteriores. Dejando al margen el discutible empleo de estas categorías, ausentes en los debates atomistas del siglo XIX, resulta decepcionante que Roche no haya aprovechado la ocasión para profundizar algo más en las características del atomismo francés de esos años, ampliando el número de personajes considerados más allá del reducido límite de las grandes figuras estudiadas hasta la fecha. También queda pendiente el estudio de la presencia del atomismo en la enseñanza francesa, un tema que Roche resuelve a través de un análisis superficial de programas oficiales que, como resulta evidente, poco pueden informar sobre los contenidos impartidos en las aulas. Un mejor conocimiento de estos asuntos y un análisis más detallado de los libros de texto de química que publicó Wurtz hubieran ofrecido una imagen más adecuada de una de las tareas más importantes desarrolladas por el autor alsaciano: la enseñanza de la química.

Finalmente, el libro se cierra con un capítulo de discusión general sobre algunas cuestiones historiográficas de más amplio alcance. Roche discute los diferentes puntos de vista acerca de la supuesta decadencia de la ciencia francesa en el segundo tercio del siglo XIX y su superación por las instituciones académicas alemanas que, como el laboratorio de Liebig en Giessen, desarrollaron un nuevo modelo de enseñanza e investigación en química. Es en este punto donde resultan más evidentes los problemas que hemos comentado anteriormente. La carencia de información sobre muchas instituciones académicas francesas conduce al historiador norteamericano a realizar afirmaciones demasiado precipitadas sobre la ausencia de laboratorios de investigación en Francia durante la primera mitad del siglo XIX. Por suerte, Roche no transforma este punto en la única causa de la decadencia de la ciencia francesa y también ofrece una excelente discusión de diversos factores socioculturales (las diferentes variedades de positivismo, el creciente aislacionismo francés, la relación entre los científicos y el poder), institucionales (la fragmentación del sistema académico francés pese a su centralización en París, la «acumulación» de puestos, la escasez de apoyo económico) e internos a la propia disciplina científica estudiada, la química orgánica. Según Roche, frente a otras áreas como las matemáticas o la física, la química orgánica precisaba de la utilización

intensiva de laboratorios para la realización de un número muy elevado de pruebas experimentales. Cuando esta especialidad inició su despegue definitivo alrededor de 1860, sólo las universidades alemanas estaban en condiciones de ofrecer los recursos experimentales necesarios para el desarrollo de tales investigaciones y, por ello, los químicos franceses no pudieron competir en este terreno. Este ejemplo sirve a Locke para reclamar estudios mucho más detallados, realizados sobre diferentes planos de análisis (cultural, institucional, cognitivo, disciplinar), con el fin de comprender mejor el desarrollo comparado de las comunidades científicas nacionales. Resulta evidente que su biografía de Adolphe Wurtz es una buena muestra de las ventajas —y también de las limitaciones— que ofrece este género histórico para cumplir un objetivo tan ambicioso.

JOSÉ RAMÓN BERTOMEU SÁNCHEZ

Departament d'Història de la Ciència i Documentació,  
Universitat de València

Patrice BOURDELAIS (Dir.). *Les Hygiénistes: Enjeux, modèles et pratiques (XVIII<sup>e</sup>-XX<sup>e</sup> siècles)*, Paris, Belin, 2001, 540 pp. ISBN: 2-7011-2955-9.

La obra que aquí se presenta es el resultado de las aportaciones realizadas en el Coloquio que, bajo el título «Hygiénistes et hygiénisme: histoire et actualité (XVIII<sup>e</sup>-XX<sup>e</sup> siècles)», se celebró los días 18 y 19 de noviembre de 1999 en el Museo Claude Bernard de Saint-Julien-en-Beaujolais. Por iniciativa de Patrice Bourdelais, en el citado Coloquio, organizado conjuntamente por la Fundación Marcel Mérieux y el Programa de investigaciones interdisciplinarias (PRI) «Medicina, salud y ciencias sociales» de la Escuela *des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS)* de París, se reunieron una veintena de especialistas en historia de la salud pública, procedentes de diversos campos del saber y de distintos puntos de Europa, América, China y Egipto. La forma definitiva de los textos incluidos en este volumen se benefició tanto del enriquecedor intercambio de ideas registrado durante la celebración de estas jornadas científicas como de la cuidadosa reflexión llevada a cabo posteriormente por cada uno de los autores.

Patrice Bourdelais, director de estudios de la EHESS de París y responsable del PRI «Medicina, salud y ciencias sociales» de la citada escuela, ha sabido servirse de su experiencia en el ámbito de la historia de la enfermedad y de la historia de la salud pública como autor y coordinador de otras

obras (1), y como director de diferentes seminarios, para poner en nuestras manos al inicio de este recién estrenado milenio una interesante y oportuna publicación. Para su realización ha contado con una cuidadosa selección de investigadores de calidad que, mediante la yuxtaposición de acercamientos sintéticos y los «estudios de caso», nos ofrecen una visión de lo acaecido en el terreno de la higiene en diversos lugares de Europa, América, China y Egipto desde el siglo XVIII hasta la actualidad, mostrando las peculiaridades y similitudes de cada uno de los entornos abordados.

Tras la presentación de la obra por su director, Patrice Bourdelais, con un capítulo titulado «Les logiques du développement de l'Hygiène Publique» y consagrado a la exposición del marco teórico e historiográfico general que sirve para vertebrar el variado contenido de cada una de las aportaciones, la publicación queda estructurada en cuatro partes. La primera, dedicada al estudio de las relaciones entre el *neohipocratismo* y la constitución del *higienismo moderno*, incluye las aportaciones de Georges Vigarello, Christian Hick y Daniel Teyssiere. El primero de ellos, desde un enfoque histórico-cultural, pone de relieve cómo la aparición de una higiene nueva fue resultado de la profunda conmoción cultural registrada en el siglo XVIII, que entrañó una gran transformación de la imagen de la Medicina y se tradujo en un importante cambio de las representaciones del cuerpo, y, en consonancia con ello, del modo de prever, prevenir y limitar las enfermedades. El segundo, adoptando la perspectiva de la historia de las ideas, centra su trabajo en el análisis de la estructura interna del sistema de J.P. Frank y en la evaluación de su recepción e influencia en Francia a lo largo del siglo XIX, mostrando igualmente cómo dicho sistema sería olvidado en Alemania hacia 1880 para ser redescubierto posteriormente con el III Reich. Por su parte, el tercero, sirviéndose de la obra del médico de tradición neohipocrática, Louis Lépecq de La Cloture, señala las diferencias principales entre el protohigienismo del citado autor ilustrado y el higienismo del siglo XIX, sobre todo de su segunda mitad.

En la segunda parte, *los higienistas y el poder político* son el tema de reflexión. Marc Renneville, tomando como punto de referencia la actividad de la

- 
- (1) BARDET, Jean-Pierre; BOURDELAIS, Patrice; GUILLAUME, Pierre; LEBRUN, François i QUETEL, Claude, *Peurs et terreurs face à la contagion. Choléra, tuberculose, syphilis XIXe-XXe siècles*, Paris, 1988. BOURDELAIS, Patrice; RAULOT, Jean-Yves, *Une peur bleue, histoire du choléra en France, 1832-1854*, Paris, 1987. BOURDELAIS, Patrice; DODIN, André, *Visages du choléra*, Paris, 1987. BOURDELAIS, Patrice, *Le nouvel âge de la vieillesse. Histoire du vieillissement de la population*, Paris, 1997 [1993].

sección de Higiene y de Medicina Pública de la AFAS (Asociación francesa para el avance de las Ciencias), analiza las relaciones entre higienistas, ediles locales y la alta Administración del Estado, tema éste poco estudiado dentro del vasto campo de las relaciones entre higiene y poder político. En un interesante trabajo, el autor relaciona la creación de la citada sección con la necesidad sentida por un grupo de médicos de disponer de una institución apropiada para llamar la atención de los poderes públicos sobre el valor de la higiene y poder conseguir una legislación higiénica, y nos apunta también el papel que la asociación habría representado en Francia como un instrumento adicional para la promoción de una política de salud pública. A su vez, Yankel Fijalkow, nos plantea una atractiva reflexión sobre las relaciones entre la estadística y las voluntades políticas, sirviéndose para ello de las contribuciones realizadas por Jacques Bertillon y Paul Juillerat en el París de finales del siglo XIX. Mediante el análisis de las posiciones, orientaciones y trabajo de cada uno de ellos, se nos revela cuál fue el papel representado por la estadística en el higienismo municipal. Así, con Bertillon, conforme al modelo burocrático de estadística y como sabio al servicio del político, los resultados estadísticos eran entregados a los ediles para que estos los emplearan en sus debates y en el gobierno municipal, persiguiendo Bertillon restablecer la equidad espacial con las operaciones de urbanismo. Mientras que con Juillerat, el estadístico se convierte en figura clave para conciliar las perspectivas del médico y del ingeniero con las exigencias del consejo municipal, erigiéndose la estadística sanitaria en la herramienta apropiada para dirigir y orientar la intervención municipal sobre los territorios insanos mediante las operaciones de urbanismo. Resulta muy atractiva también la aportación de Elsbeth Kalff por la utilización que efectúa de unas fuentes, normalmente poco explotadas y no siempre accesibles, como son las denuncias de insalubridad de las viviendas. El estudio de las denuncias efectuadas en París a lo largo de un siglo (1850-1955) pone de relieve los cambios registrados durante dicho período, tanto en el tono como en el contenido de dichos documentos. Así, del tono suplicante de favor presente a mediados del XIX se pasó a la solicitud de un derecho entre 1870 y 1880. Por otro lado, de ser una actividad propia de la clase media y media-alta, tras la Primera Guerra Mundial, las capas populares de la población figurarán por primera vez como firmantes (individuos solos o en el marco de asociaciones de inquilinos) de algunas de estas denuncias, generalizándose esta práctica en los años centrales del siglo XX. A lo largo del período analizado se advierte también cómo los denunciante se servirán primero de las ideas higiénicas ambientalistas para, posteriormente, sin abandonar estas, incorporar las procedentes de la teoría microbiana. Por su parte, Pascal Mory explora las relaciones entre arquitectura e higienismo en el París de principios



del siglo XX, dando cuenta de la posición ocupada por el arquitecto entre el saber médico y el poder político, y mostrando cómo las teorías higiénicas ofrecieron a los arquitectos, estructuralmente inclinados a la innovación, la posibilidad de renovar sus posiciones estéticas y poder participar así en la transformación del hábitat. Paul Laxton y Gerry Kearns, a través de las obras del médico higienista W. H. Duncan, ilustran el proceso de reforma sanitaria acometido en Liverpool entre las décadas de 1840 y 1850, poniendo de relieve cómo, aunque éste se había tratado de acometer antes, los conflictos registrados entre los poderes políticos locales y los londinenses lo impidieron y sólo se llevó a cabo tras la situación caótica generada por la hambruna irlandesa de 1846. Finalmente, Claudia Agostoni analiza los vínculos existentes entre los higienistas mejicanos y la élite política y económica durante el régimen de Porfirio Díaz (1876-1910), precisamente cuando los higienistas mejicanos consiguieron una posición de poder y adquirieron la responsabilidad de designar y supervisar muchos programas y políticas urbanas que tenían como finalidad transformar la capital en una ciudad verdaderamente higiénica y moderna, constituyéndose de esta forma los higienistas y las obras higiénicas en un instrumento más de apoyo y soporte del Porfiriato.

En la tercera parte del libro se aborda el *higienismo como movimiento internacional*. En un primer e interesante trabajo, Anne Ramussen, al objeto de indagar sobre la similitud de los dispositivos nacionales de higiene pública desplegados en los diferentes países europeos a lo largo del siglo XIX, estudia los Congresos internacionales de Higiene (1852-1912) y reconoce su condición de lugares privilegiados para la construcción de una causa, la de la higiene universal, dirigida hacia los principales protagonistas de esta causa: los medios político-administrativos y la opinión pública. A continuación, Serenella Nonnis Vigilante examina el corpus de los textos de los Congresos internacionales de Higiene de Bruselas, París y Turín (1876-1880) con el fin de establecer las fases del movimiento higienista antes de su reconocimiento académico y parlamentario, centrandó el análisis no en los temas específicos de cada congreso sino en la retórica (a menudo ampulosa) que caracterizó las sesiones oficiales de estas manifestaciones. Con ello se ponen de relieve las relaciones entre ideología sanitaria y política, observándose igualmente la utilidad de estos Congresos para ir creando un estado de opinión higiénico favorable a la modificación de la política sanitaria de cada uno de los países participantes, para solicitar la elaboración de leyes de higiene y para que los actores del higienismo reivindicaran su participación en la vida política de sus respectivos países (como parlamentarios o miembros de los Consejos locales de Higiene). De ahí que la política cobrara cada vez mayor importancia en los Congresos analizados, galerías de buenas intenciones, que no proporcionaron soluciones revolucio-

narias ni verdaderas a los problemas allí presentados, pero que sirvieron como un excelente instrumento de unión entre los médicos y la clase política. A su vez, Etelvina Maria de Castro Trindade da cuenta de la apropiación realizada por Brasil en el tránsito del siglo XIX al XX, tanto de los modelos urbanos europeos como de las acciones sanitarias e higienistas europeas, al objeto de modernizar el país y reforzar su identidad nacional tras la independencia. Por su parte, Esteban Rodríguez Ocaña, tratando de contribuir a cubrir las lagunas existentes en la historiografía de la salud pública española contemporánea relativas a los vínculos entre el pensamiento higienista y las reformas urbanas acometidas, realiza, en un atractivo e interesante trabajo, un análisis de dicho problema, utilizando como fuentes las obras de los principales higienistas españoles y las publicaciones periódicas consagradas a la difusión de las teorías higiénicas. El autor, que integra también en su trabajo las aportaciones más recientes de la investigación en historia social urbana, advierte que las hipótesis generales que propone será preciso confrontarlas en un futuro mediante la realización de estudios locales. Partiendo del rol ambivalente desempeñado por el higienismo, consistente en un primer momento en la animación y legitimación de los nuevos planes de construcción por razones de salubridad, para posteriormente reconsiderar sus objetivos y aceptar las limitaciones de naturaleza económica, Rodríguez Ocaña explora los vínculos y relaciones existentes entre la Higiene y las intervenciones urbanísticas en España desde mediados del siglo XIX hasta el primer tercio del XX. Como se muestra en el texto, los primeros planes de reforma de Madrid y Barcelona recogerían las propuestas higienistas de mediados del XIX, pero la lógica de los negocios se impuso en las transformaciones urbanísticas posteriores (1864-1875), fracasando el higienismo utópico. Tras el sexenio revolucionario, el discurso higienista adquirió un tono moralizador, la medicina cedió la vanguardia de la lucha por la mejora urbana a ingenieros, arquitectos... y las propuestas de construcción de barrios obreros se transformaron en proyectos destinados a las clases medias. A finales del siglo XIX los higienistas reclamarán nuevamente la intervención de los poderes públicos para acometer planes higiénicos de reforma urbana, desencadenándose una ola de grandes intervenciones urbanísticas en el primer tercio del XX. Pese a las mejoras introducidas, la situación no se resolverá totalmente hasta los años 1950. Esta larga duración de las intervenciones se explica por la amplitud de los proyectos, su consideración (siquiera mínima) de los objetivos sanitarios y las resistencias opuestas. Por último, Matthew Ramsey, partiendo de la situación actual que, en su opinión, reenvía a la perpetuación y ubicuidad de las resistencias a las medidas de higiene pública fundadas en la obligatoriedad, considera necesario el estudio de la historia del antihigienismo para completar el conocimiento de la historia de

los programas de higiene y de la difusión del higienismo. Ese es, precisamente, el objetivo de su trabajo, tratando de trazar sus grandes líneas, concretamente se ocupa de poner de relieve el alcance y la difusión de la oposición organizada desde su inicio en el siglo XIX, y concluye subrayando el importante rol representado por los conflictos de clases y etnias o las creencias religiosas (más que por las ideologías), así como el rol del proceso político democrático.

Finalmente, en la cuarta y última parte, consagrada a mostrar *el lugar del higienismo en las transiciones epidemiológicas*, Angela Ki Che Leung aborda la higiene y la salud pública en la China pre-moderna. Tras dar cuenta de los fundamentos de la higiene tradicional china, analiza la evolución de las políticas de salud pública entre los siglos XI y XIX, y trata de evaluar cuál fue el papel que la higiene tradicional desempeñó en el descenso de mortalidad registrado desde el siglo XV y en la explosión demográfica del XVIII. A pesar de la dificultad que entraña esa valoración, la autora admite cierta eficacia de la higiene personal tradicional, asociada a medidas de salud pública, para evitar un estancamiento demográfico de larga duración en la China premoderna y una elevación importante y duradera de la mortalidad durante las epidemias. No obstante, como se indica en el texto, cuando los occidentales llegaron a China en el siglo XIX les impresionó la deplorable situación higiénico-sanitaria. De hecho, para corregirla y por razones políticas, los responsables gubernamentales del final del Imperio decidieron introducir los principios de la higiene pública occidental e iniciar una verdadera campaña sanitaria, inspirada en los modelos japoneses. A continuación, Luca Gabbiani, tras llamar la atención sobre la escasez de estudios en torno a la historia de la salud pública en el Imperio chino y la falta de trabajos sobre el caso concreto de Pekín, se ocupa del desarrollo de la salud pública en Pekín entre 1901 y 1911, poniendo de relieve cómo, tras la rebelión de los *Boxeurs*, se inició un proceso de reforma que transformó poderosamente el aparato del Estado y que implicó, entre otras cosas, que la salud pública se convirtiera en una esfera de intervención de la Administración estatal y se tratara de llevar a cabo una reforma sanitaria de corte occidental con clara influencia japonesa, que se encontró con la dificultad de no poder contar con personal cualificado en ciertos terrenos técnicos y, sobre todo, con los problemas financieros del período, y que mostró sus limitaciones con la epidemia de peste pulmonar de Manchuria (1910-1911). A pesar de ello, la reforma sanitaria acometida lograría una mejora de Pekín desde principios del siglo XX, y un descenso significativo de la mortalidad de dicha ciudad durante los dos primeros decenios de dicha centuria. Por su parte, Sylvia Chiffolleau, nos muestra cómo el nacimiento del estado moderno egipcio se acompañó de una preocupación por la salud pública a principios del siglo XIX y de un intento de introducir la higiene y la

medicina europeas. No obstante, pese a la precocidad de la iniciativa egipcia, la fragilidad del poder y el paréntesis colonial imposibilitaron una penetración profunda en la sociedad de los principios de la higiene occidental. Fue más tarde, al término de la Primera Guerra Mundial, cuando se revalorizó la higiene pública occidental y se constituyó en un elemento clave del movimiento nacional, tratándose de llevar a cabo una reforma sanitaria, como parte fundamental de la reforma social a acometer. A pesar de que en esa movilización higienista participaron la clase médica y todo el abanico político del Egipto liberal, y de que se consiguiera algún efecto demográfico positivo (descenso de las tasas de mortalidad general e infantil urbana, y de la mortalidad por enfermedades infecciosas en el medio rural...), el sueño de erradicación y universalidad acariciado por los reformadores sociales se agotó frente a la magnitud de la tarea a acometer y la empresa higienista se presentó como una utopía. Creemos que los interesantes trabajos de Gabbiani y Chiffolleau habrían mejorado si se hubiera realizado una mayor sistematización y una mejor ordenación del contenido expositivo, especialmente de lo relativo a la evaluación del lugar que el higienismo ocupó en las transiciones epidemiológicas. Por su parte, Jan Sundin, en su atractiva aportación, trata de arrojar luz sobre una de las clásicas cuestiones de la historia de la salud pública: el dilema entre favorecer iniciativas tendentes a modificar el comportamiento individual u optar por intervenir en los sistemas estructurales y medioambientales. Sirviéndose de la experiencia sueca, muestra cómo fueron efectivas las campañas decimonónicas a favor de la lactancia materna y de la vacunación obligatoria contra la viruela, que entrañarían un descenso de la mortalidad infantil e infanto-juvenil a un ritmo constante desde principios del siglo XIX; mientras que la introducción de cambios en el entorno medioambiental resultó una tarea más dura. Tras revisar también lo acaecido en el siglo XX, el autor concluye que, aunque modificados por los contextos epidemiológico, social, político y científico, el tipo de actuaciones de los higienistas del siglo XIX fue, en esencia, igual que el de hoy: campañas para cambiar hábitos y estilos de vida, vacunaciones y otras normas más o menos obligatorias y actuaciones sobre el entorno medioambiental. De los tres tipos, el último ha sido el más difícil de aplicar eficazmente sobre todo cuanto más difícil ha resultado poder demostrar la magnitud del peligro y los beneficios directos de ese tipo de medidas sobre las personas que tenían que contribuir a su financiación. Por último, Didier Fassin, desde una perspectiva genealógica de inspiración foucaultiana, toma como excusa el análisis de la lucha contra el saturnismo infantil en Francia para reflexionar en torno a las condiciones que han contribuido al renacimiento del higienismo a finales del siglo XX. En su opinión, el neohigienismo, tal y como se observa actualmente en el espacio local de las

ciudades francesas, sería el resultado de la conjunción de una tecnología centrada en el riesgo sanitario y una conciencia de la acentuación de las desigualdades sociales, señalando también el autor que en el caso del saturnismo infantil (epidemia silenciosa, poco visible, relacionada con el entorno ambiental) se halla presente la doble componente, técnica y moral, que ha caracterizado la historia del higienismo.

Con respecto a la bibliografía creo que es un acierto la concepción de un único apartado en el que se recojan todas las fuentes y obras citadas por cada uno de los autores. De esta manera el lector puede obtener rápidamente una visión panorámica de los recursos utilizados y de las novedades aparecidas en el dominio de la historia de la salud pública. No obstante, creemos que, en esta ocasión, ha sido una pena que las tareas de edición hayan jugado una mala pasada y no figuren todas las referencias bibliográficas del volumen. De hecho, al revisar dicho capítulo se echan en falta todas las obras citadas por Rodríguez Ocaña, y se advierten ausencias puntuales de algunas de las referencias bibliográficas de otros trabajos como el de Gabbiani.

En suma, el conjunto de trabajos aquí reseñados, además de aportarnos informaciones muy interesantes, constituye una buena muestra de lo enriquecedor que puede ser la combinación de enfoques diversos con un amplio conjunto de variados «estudios de caso», a la hora de abordar el estudio histórico del desarrollo de la higiene y de la salud pública, especialmente si se trata de profundizar en el tema de las relaciones entre roles, modelos y prácticas. Debemos felicitar a Patrice Bourdelais tanto por la calidad de los autores seleccionados como por la concepción y organización de la interesante publicación que nos ha ofrecido. Su contenido contribuye a tratar de desvelar las razones que permitan explicar el diferente nivel y velocidad de desarrollo higiénico, las peculiaridades de cada contexto y la presencia normalmente de un intervalo importante entre las ideas y propuestas de los higienistas y su aplicación práctica. De igual modo la obra nos muestra cómo, tras su configuración, el modelo higiénico europeo se erigió en hegemónico y se constituyó en un elemento sinónimo de progreso que sería adoptado por las élites políticas de otros continentes (recordemos los casos de Brasil, México, China y Egipto) para, al igual que sucedió en Europa, constituirse en un importante instrumento de apoyo a los diferentes regímenes políticos. Por último, tan sólo reiterar nuestras felicitaciones y animar a la realización de reuniones y publicaciones de similares características que nos permitan seguir mejorando nuestro conocimiento sobre el desarrollo de la higiene.

M.<sup>a</sup> ISABEL PORRAS GALLO  
Universidad de Castilla-La Mancha

Catherine ROLLET. *Les enfants au XIXe siècle*, Paris, Hachette Littératures, 2001. ISBN: 2.01.235434.3, 265 pp., [18.29 €].

Precedida por una maravillosa cubierta en la que aparece, retratado en una pintura de Louis-Leopold Boilly que se conserva en el Museo del Louvre, Gabriel Arnaud cuando era niño, la última monografía de Catherine Rollet presenta una serie de singularidades que vamos a comentar. La pintura citada —un niño de unos dos años con un gato en el regazo y vestido con un tocado que nos habla de su procedencia burguesa— se atiene fielmente a los rasgos infantiles y en él destaca, sobre todo, su mirada: una mirada inteligente y despierta, muy bella, aunque sin excluir un cierto grado de seriedad y tristeza. En suma, un excelente modo de presentar el rostro jánico de la infancia en el Ochocientos del que la autora se ocupa en las páginas del libro.

Lo que alguien ha denominado el «vendaval Ariès» (Phillipe Ariès, *L'enfant et la vie familiale dans l'Ancien Régime*. Paris, Ed. Seuil, 1960) introdujo una auténtica revolución en la historia de la infancia con la formulación de su provocadora tesis sobre la inexistencia de una clara delimitación del propio concepto de infancia antes del periodo ilustrado, que coincidiría con la escasa preocupación social, negligencia y actitud fatalista ante la vida infantil de periodos anteriores. En definitiva el «descubrimiento del niño» sería uno de los rasgos que definirían, desde la historia de las mentalidades, al mundo occidental desde finales del periodo moderno. Aunque las tesis de Ariès continúan teniendo un buen número de seguidores y de que nadie discute su papel pionero en esta área de estudio de la historia social, lo cierto es que en los últimos años se han levantado no pocas voces críticas (S. Shahar, *Childhood in the Middle Ages*. London, Routledge, 1990) que matizan los puntos de vista del autor francés basándose, sobre todo, en un análisis detallado de multitud de fuentes, desde las literarias a las médicas pasando por la arqueología funeraria, en las que se muestran numerosos testimonios en los que las visiones positivas y las propuestas de acciones a favor de la infancia no son infrecuentes. Por ejemplo, entre nosotros, Cristóbal Pérez de Herrera, se refiere al niño como «un ser humano que es el más indefenso de los indefensos y el más pobre de los pobres» (C. Pérez de Herrera, *Defensa de las criaturas de corta edad...* Valladolid, 1604) y ésta afirmación le lleva a proponer actuaciones concretas para luchar contra la mortalidad infantil.

En estos momentos la historia de la infancia no sólo está generando un buen número de estudios tras un periodo de relativo estancamiento, sino que también está replanteándose muchos de los esquemas heredados y abriéndose

a nuevos horizontes. El contexto francés que cuenta con una importante tradición, es justamente uno de los que está liderando éste campo con acercamientos tan interesantes como los de Jacques Gélis, uno de los autores que con más acierto ha sabido establecer el maridaje entre historia y antropología sociocultural en temas de infancia. En otros espacios geográficos, como el británico, Roger Cooter o Carolyn Steedman son asimismo de especial relevancia. La reciente celebración de la V Conferencia internacional de la European Association for the History of Medicine and Health, monográficamente consagrada al análisis de la salud infantil en la historia, es un claro reflejo de este renovado interés.

Catherine Rollet ocupa un espacio propio y privilegiado en el mundo de los especialistas en historia de la infancia. Profesora de Demografía en la Universidad de Saint-Quentin-en-Yvelines, sus enfoques historiográficos se ven enriquecidos por esta circunstancia pero siempre con un componente analítico muy marcado. *Les enfants au XIXe siècle*, es una obra de madurez, escrita sobre la base de un importante bagaje anterior sobre temas como las políticas hacia la infancia en la Tercera República o el excelente estudio, hecho en colaboración con otra de las autoras indispensables en estos temas, Marie-France Morel, sobre tradición y modernidad en el cuidado infantil.

En el contexto francés posterior a la Revolución Francesa y los sucesivos regímenes políticos, desde el Segundo Imperio a la Tercera República, con contrastes marcados entre la ruralización y la industrialización y en plena transición demográfica, Rollet delinea —de forma muy precisa a través de los siete capítulos de la obra— una serie de facetas enlazadas unas con otras, que ofrecen en conjunto una visión muy completa de estas edades de la vida en el periodo y espacio estudiados. El lugar que ocupa el niño en la familia y en la sociedad es mostrado en sus vertientes más novedosas: por ejemplo, la interesante transformación del niño burgués en «cliente» de los médicos o de los fabricantes de juguetes y, en el otro extremo del arco social, el niño como mano de obra barata y sumisa. La importancia creciente de la escuela como el lugar «natural» donde deben estar los niños entre los seis y los trece años o la corriente que comienza a surgir en el mundo de los juristas sobre la idea de que los niños son poseedores de derechos y que la sociedad tiene el deber de protegerlos. El capítulo sexto, uno de los más logrados, está consagrado a la medicina de los niños, pero en todos los demás —especialmente en el primero sobre la cultura en torno al nacimiento y el segundo sobre las situaciones de orfandad y abandono— entran también claramente dentro de los intereses concretos de la historiografía médica. La incorporación de un epígrafe de conclusiones en cada uno de los capítulos, amén de la recapitulación final y la

esclarecedora introducción, son un valor añadido a una obra de lectura obligada para los interesados en estos temas y un modelo interesante de estudio para campos afines.

ROSA BALLESTER AÑÓN  
Universidad Miguel Hernández

Robert JÜTTE, Motzi EKLÖF; Marie C. NELSON (eds.). *Historical aspects of unconventional medicine. Approaches, concepts, case studies*, Sheffield, European Association for the History of Medicine and Health Publications, 2001, xii, 288 pp. ISBN: 0-9536522-2-X.

Este conjunto de capítulos, la última entrega de los que nos viene ofreciendo desde 1995 la *European Association for the History of Medicine and Health*, se centra en el estudio histórico de formas de sanar diferentes a los que en cada momento y lugar supusieron la corriente médica principal. Pretende, como tal, inscribirse en la tendencia historiográfica que, especialmente en las dos últimas décadas, ha sometido a escrutinio esta realidad. Así lo reconoce Robert Jütte en su introducción en la que nos ofrece una somera revisión de los principales hitos de esta línea de investigación. Varios de los capítulos de la recopilación que nos ocupa muestran la creciente madurez que están alcanzando los estudios históricos sobre el pluralismo asistencial con un nivel de sofisticación que no tenían los publicados a inicios de los años ochenta del pasado siglo.

El interés de este libro, como indica su subtítulo, se centra, precisamente, en presentar una serie diversa de enfoques, conceptos y estudios de caso que ayuden a analizar lo que los editores del libro se decantan por denominar medicina no convencional. El asunto de los términos que se han usado y se usan para nombrar las diferentes alternativas asistenciales es materia de comentario en varios capítulos. Se transforma en uno de los ejes del libro y el principal objetivo del capítulo de Robert Jütte que desde la atalaya que le otorgan sus numerosos estudios sobre la realidad germánica nos ofrece un interesante capítulo sobre la diversidad semántica de los términos que se han usado y se usan, para definir las medicinas alternativas, dentro del marco conceptual de la profesionalización de la medicina. El alcance de sus pesquisas queda, sin embargo, algo limitado por el excesivo énfasis en la realidad alemana. Por otro lado, el ámbito temático del libro que se ocupa tanto de sanadores populares como de la homeopatía, el espiritismo o la medicina tradicional



china, hace extremadamente comprometida la elección de un término para-guas que no lleve a equívocos. De hecho varios capítulos se encargan de subrayar esta dificultad pues, a pesar del título del libro, el discutible adjetivo alternativo/alternativa sigue apareciendo en la cabecera de los mismos. El problema terminológico está íntimamente ligado al problema de definir la realidad a estudiar bajo el título de medicina no convencional. Junto a él, los problemas conceptuales, las fuentes apropiadas para el estudio del pluralismo asistencial y la necesidad de ir construyendo síntesis que mejoren nuestro acercamiento a esta realidad son las coordenadas en las que se mueven los diferentes y un tanto dispares capítulos. El objetivo conjunto del libro es, por tanto, plantear y mostrar soluciones a la pregunta ¿cómo puede estudiarse desde una perspectiva histórica la medicina no convencional? Las diferentes respuestas a esta pregunta, primariamente comunicaciones a un seminario internacional celebrado en Norrköping, Suecia, en septiembre de 1998, han sido agrupadas por los editores en varios apartados.

Las aportaciones que se agrupan en un primer conjunto de capítulos se centran en el estudio de las continuidades, los cambios, y las comparaciones que deben de conducir a una historia de la medicina no convencional. Junto al capítulo de Jütte y a otro de Claudine Herzlich escrito desde el punto de vista de la sociología francesa resultan del mayor interés los dos siguientes. En uno de ellos Marijke Gijswijt-Hofstra, con su habitual solvencia, plantea con notable claridad la necesidad de introducir la perspectiva de género a la hora de analizar las formas de sanar alternativas. Junto con un estado de la cuestión, la autora holandesa va planteando interrogantes y futuras líneas de pesquisa que seguro abrirán perspectivas a los lectores de su trabajo. En qué sentido se usó o se practicó la medicina convencional como una manera de construir las identidades de género se plantea como un tema apasionante. Muy interesante resulta, así mismo, la aportación de Martin Dinges quien, con la experiencia de varios años consagrado a la historia de la homeopatía, plantea la necesidad de utilizar el enfoque comparativo para un más cabal conocimiento de la posición de esta forma de medicina no convencional a nivel mundial y abandonar esquemas que se basan tan solo en las realidades nacionales o en los ya mas trillados marcos centroeuropeo y norteamericano.

El segundo grupo de capítulos aborda el estudio de algo que, como queda puesto de manifiesto en los mismos, resulta muy difícil de definir. Se trata de lo que en castellano llamaríamos, con muchos matices, «curanderismo» y que las autoras se decantan por llamar «quackery» en el título de sus capítulos, si bien luego se encargan de acotar en sus exposiciones qué sanadores y en qué circunstancias merecen esta denominación. Las investigaciones que han dado

lugar a estos trabajos se centran en los últimos doscientos cincuenta años y en el área geográfica de los países nórdicos. Resultan pues muy de agradecer puesto que nos ponen en contacto con trabajos que, por estar escritos en idiomas habitualmente poco accesibles, no suelen manejarse. Todos ellos parten de investigaciones más extensas y suponen una buena puesta al día del trabajo sobre la historia de la medicina no convencional en estos países. Como perspectiva conjunta y, a diferencia de lo que nos es más familiar en el área mediterránea, llama la atención la tardía aplicación de medidas que tratasen de asegurar la hegemonía en el manejo de la salud y la enfermedad de los sanitarios formados regularmente, frente a otros tipos de posibilidades terapéuticas y asistenciales que iban desde la venta de medicamentos patentados a la actividad de sanadores populares de actividad preferentemente rural. Este último ámbito se muestra en toda su riqueza, así como la complejidad de las interacciones entre los sanitarios autorizados y los «quacks». En este contexto de tardía implantación de métodos de control profesional la herramienta heurística del «mercado médico» resulta más aplicable que en otras realidades, como la de la corona hispánica, donde la existencia de seculares mecanismos de regulación previos al desarrollo del capitalismo lo hacen menos útil.

Un tercer grupo de capítulos se centra, precisamente, en el estudio de la profesionalización, dedicándose estudios a los casos la homeopatía en el Reino Unido y en Islandia. Sin embargo, de este bloque la contribución que resulta más relevante es la firmada por Michael Stollberg que utilizando el marco conceptual del mercado médico en la Bavaria del siglo XIX estudia la presencia de la medicina alternativa y de los sanadores irregulares (de nuevo las dificultades terminológicas), en un contexto en el que, a partir de 1873, cualquier persona con o sin título podía llevar a cabo actividades médicas y cobrar por ello unos honorarios. Lo más sobresaliente del trabajo es la utilización como fuente de una serie de encuestas realizadas en cada uno de los 250 distritos bávaros entre 1873 y 1895 que recogieron la actividad de una serie de sanadores irregulares y también las llevadas a cabo por sanitarios «regulares» como cirujanos-barberos, matronas y boticarios. Esta riquísima y singular fuente permite un acercamiento muy interesante a la realidad de la medicina alternativa más allá del abordaje exclusivamente centrado en los grandes debates que ha primado hasta ahora en muchos de los estudios dedicados, por ejemplo, a la homeopatía. El trabajo de Stollberg permite un acercamiento a la complejidad y a las fluctuaciones de lo «irregular», a las modas de diferentes alternativas terapéuticas y a sincretismos que en las elites no aparecen tan evidentes. Sus conclusiones, si bien aplicables en principio solo al caso bávaro, animan a profundizar en el estudio de la cotidianeidad de la práctica de las

medicina alternativa, lo que seguramente llevará a desdibujar fronteras y oposiciones demasiado claramente dibujadas entre lo «regular» y lo «irregular», lo «convencional» y lo «no convencional».

El último conjunto de capítulos está dedicado a «Conceptos médicos, ciencia y sistemas médicos alternativos» en el que se incluyen dos contribuciones sobre la medicina china y otra, muy interesante, sobre diferentes tipos de sanadores que supusieron una alternativa terapéutica relevante en la Alemania del tránsito entre el siglo XIX y el XX como los hipnotizadores, magnetizadores, espiritistas y espiritualistas, neomesmeristas, etc. Los dos capítulos sobre la medicina china se centran en la difícil utilización de conceptos provenientes de otros sistemas médicos cuando sus propuestas terapéuticas son utilizadas en otra cultura en la que las formas de ver el mundo no son congruentes con ellas. Algunas expresiones utilizadas por la medicina china al diagnosticar a través del pulso y términos usados por acupuntores noruegos formados previamente en la medicina científica occidental sirven de ejemplo para mostrar las dificultades que supone la comunicación entre diferentes sistemas médicos.

En conjunto, pues, el libro presenta un buen abanico de trabajos que utilizando perspectivas, fuentes y ámbitos geográficos diversos vienen a incidir en la relevante contribución que el estudio de «otras» formas de sanar esta aportando a la historiografía médica. Cómo llamar, definir, conceptuar a estas «otras» formas de sanar sigue siendo un reto, principalmente porque es difícil contar con fuentes adecuadas —como las que utiliza Stollberg— para acercarse a la práctica de estas medicinas no convencionales. La necesidad de síntesis basadas en la comparación y la introducción de perspectivas tan fructíferas como la de género son aportaciones claras de este volumen. No obstante este objetivo sintetizador aún queda lejos pues es necesario abrir el arco geográfico y utilizar esquemas interpretativos que se acomoden a otras realidades históricas, menos subsidiarias del esquema del mercado médico.

Por otro lado el libro, como todos los de la European Association for the History of Medicine and Health, presenta una útil bibliografía conjunta que siempre supone una herramienta útil para quien tiene interés en seguir las múltiples pistas abiertas por esta recopilación de capítulos. Lástima que otros aspectos relacionados con la composición del libro hayan sido algo menos cuidados.

ENRIQUE PERDIGUERO GIL  
Universidad Miguel Hernández

Mercedes PASCUAL ARTIAGA. *Alacant i la febre groga de l'any 1804*, Simat de Valldigna, La Xara, 2001, 181 pp. ISBN: 84-95213-05-2 [12.02 €].

La larga tradición de estudios sobre historia social de la enfermedad en España desde la paulatina institucionalización de la historia de la medicina en el país, tuvo un importante empuje inicial en torno a las décadas de los sesenta y setenta (Peset, López Piñero, García Ballester, Riera, Carreras, Carrillo, entre otros) y desde entonces, el número de trabajos no ha dejado de crecer, siendo uno de los temas más tratados por los historiadores de la medicina españoles (una reciente revisión actualizada es la que realiza Rodríguez Ocaña, *Social History of Medicine in Spain. Points of departure and directions for research, Social History of Medicine*, 2000, 13, 500-503). Una de las personas que ha jugado un papel decisivo en el establecimiento de relaciones estrechas entre la demografía histórica, la epidemiología y la historia de la medicina en España ha sido Josep Bernabeu Mestre, cuya monografía sobre enfermedad y población es de referencia obligada para situarnos en los problemas y métodos de la epidemiología histórica. Mercedes Pascual lleva trabajando, bajo la dirección de Bernabeu, estos últimos años, lo que ayuda a entender el enfoque y la estructura del libro, muy bien organizado en torno a tres elementos fundamentales: el discurso científico-médico, el discurso político y las actitudes de la población, en un modelo de análisis que tiene como objeto la epidemia de fiebre amarilla en el Alicante de 1804. Por lo que conocemos de los diferentes trabajos que entre nosotros se han hecho sobre la enfermedad, se pueden establecer similitudes con la crisis epidémica padecida por la ciudad de Málaga de 1800 —en gran medida por compartir ambas la condición de ciudades marítimas— pero, además, por la participación en las dos, si bien en Alicante de forma indirecta, de Juan Manuel de Aréjula al que la Junta Suprema de Sanidad pidió ejemplares de su método de desinfección mediante sustancias químicas utilizado en la ciudad malagueña para su aplicación en Alicante. La autora documenta éste aspecto adecuadamente y recoge lo sustancial de los excelentes trabajos de J. L. Carrillo sobre la epidemia de la ciudad andaluza y sobre el propio Aréjula.

La reconstrucción histórica está fundamentada muy prioritariamente en fuentes de archivo lo que permite a M. Pascual —cruzando dichos datos archivísticos inéditos con la bibliografía sobre el Alicante de principios del Ochocientos— ofrecer, no sólo el estudio completo de la citada epidemia (J.M. Palazón en 1977 había hecho una primera aproximación al tema), sino plantear una serie de claves explicativas para entender la presencia y difusión de la enfermedad, más allá de la profusión de datos y resultados. De este modo, el amplio capítulo inicial, donde se traza un panorama muy preciso de la

ciudad, sus condiciones y recursos económicos y sanitarios, sus bolsas de pobreza, sus habitantes y los problemas de la vida diaria en una ciudad portuaria prototípica, es esclarecedor para entender la vulnerabilidad que la situación de crisis dejaba al descubierto. El hambre y la desnutrición crónica de amplias capas de la población alicantina —por la desigual distribución de recursos y el acaparamiento del poder económico en pocas manos—, las sequías, las guerras y las dificultades en el tráfico marítimo por la actividad de los corsarios ingleses con base en Córcega, fueron un caldo de cultivo óptimo para el desencadenamiento de la enfermedad.

Una vez más, en la obra reseñada, se añade evidencia a la imbricación de factores sociopolíticos y económicos en las estrategias y acciones sanitarias en tiempo de epidemia. De este modo, por ejemplo, el retraso en la declaración oficial de la enfermedad, hay que relacionarlo directamente con la grave situación que tal declaración podía tener en una ciudad cuyo principal motor económico era el comercio marítimo, vía de transporte por la que también se suministraba a la población muchos de los productos de primera necesidad. Junto a ello, se desvió la responsabilidad de la extensión de la epidemia, desde las autoridades políticas y sanitarias a uno de los grupos sociales considerados marginales y peligrosos para la sociedad: los contrabandistas. Este grupo fue acusado y perseguido por haber introducido alimentos y enseres varios procedentes de barcos infectados por la fiebre amarilla, se obviaron así otros casos clínicos iniciales que claramente no podían tener dicha procedencia.

Uno de los aspectos mejor conseguidos de la monografía es el relativo a las actitudes de la población frente a las estrategias de los poderes públicos para combatir la epidemia y, además, el haber identificado hasta cuatro grupos sociales diferenciados por su estatus e intereses y con reacciones también diferentes. Uno de ellos fue el de los comerciantes importantes y los hacendados, la mayoría de los cuales huyeron de la ciudad y sólo sufrieron pérdidas económicas. En el otro extremo del arco, las clases populares y los pobres de solemnidad, fueron las auténticas víctimas de la epidemia y sus consecuencias. Sobre estos últimos se dieron la mayor parte de los casos de fiebre amarilla y sufrieron las consecuencias dramáticas de una ciudad en estado de crisis, con cuarentenas y cordones sanitarios y represión, a veces muy dura, de los no pocos disturbios causados por el hambre. Como sucede en este tipo de trabajos bien elaborados, la reconstrucción de estas situaciones límite hacen de la investigación una obra viva, en la que los enfermos pierden, de algún modo, su anonimato aunque no conozcamos sus nombres.

El estudio pertenece al campo de los trabajos históricos microanalíticos que, sin duda, han sido y continúan siendo claves para el desarrollo de esta

faceta de los estudios histórico-médicos que permitirán, en el futuro, plantearse preguntas y cuestiones nuevas y abordar, en estrecha y necesaria colaboración con demógrafos, historiadores económicos e historiadores sociales, proyectos de envergadura para el conjunto del espacio geográfico del estado español, con sus similitudes y diferencias, al menos en lo tocante a la historia de las enfermedades.

ROSA BALLESTER AÑÓN  
Universidad Miguel Hernández

Guillermo OLAGÜE DE ROS. *Sobre sólida roca fundada: ciento veinte años de labor docente, asistencial e investigadora en la Facultad de Medicina de Granada (1857-1976)*, Granada, Universidad de Granada, 2001, 432 págs. ISBN: 84-338-2764-2. [27 €].

En estos tiempos, en que parece que estamos viviendo la tercera «cuestión universitaria», el tercer gran enfrentamiento del poder central con la libertad universitaria, no es extraño que se plantee desde la historia de la enseñanza un posible futuro. Y tampoco lo es que estas reflexiones se planteen muy certeramente desde la historia de la facultad de medicina. Ésta, que en la universidad del siglo de oro era la menor de las mayores, en comparación con derecho y teología, pasa en el siglo XIX a tener una importancia primera. La universidad profesional —para médicos y juristas— que en el ochocientos nace y que heredamos, se ha visto en las últimas décadas cuestionada desde la medicina. La enseñanza apoyada en la anatomía y la patología, se replantea desde la prevención, las humanidades y las ciencias. La O.M.S. ha incidido repetidamente en estos necesarios cambios. Debo, por tanto, señalar la aparición de abundantes libros sobre la historia de la enseñanza de la medicina en España, que permiten tener a mano un buen material útil para la reflexión. Puedo así citar el coordinado por José Danón, titulado *La enseñanza de la medicina en la Universidad española* (Primera parte, Barcelona, Colección Histórica de Ciencias de la Salud, Fundación Uriach 1838, 1998, 149 págs.). También la obra póstuma de Delfin García Guerra, *La Facultad de Medicina de Santiago en el siglo XIX* (Universidad de Santiago de Compostela, 2001, 344 págs.).

Este deseo de reflexionar sobre el pasado y el presente de la enseñanza de la medicina, puede ser señalado en el libro de Guillermo Olagüe, que analiza con cuidado la legislación, los personajes y las instalaciones de la facultad de medicina de Granada. Esta universidad fue la primera en instituir una cátedra

de clínica en tiempos de Carlos III, donde se podían realizar los estudios de práctica médica que el protomedicato exigía. Se une en su tradición, por tanto, a la herencia de la cátedra de clínica, el modelo francés que en España se adopta como base indiscutible de la enseñanza médica. También la tradición de los colegios de cirugía iba por este camino, insistiendo en la enseñanza de la anatomía y de la patología clínica. Suprimida la facultad granadina por el plan Mata de 1843, en 1849 Bravo Murillo permite un centro de segunda, pasando a facultad en 1857 con la ley de Claudio Moyano. En 1849 la diputación cede las cuadras y las cocheras del hospital de San Juan de Dios, más un cierto número de camas. En 1888 se dispone de un local nuevo, por desgracia insuficiente.

En su cuidado análisis de la enseñanza y la investigación en la facultad granadina, señala la tradición morfológica de Mariano López Mateos y luego de Aureliano Maestre de San Juan. Con éste y con Eduardo García Solá aparecen laboratorios, con especial dedicación a la microscopía, así como a las colecciones y los dibujos. También destaca la introducción de las nuevas técnicas de cirugía por José Godoy Rico, así como la precoz recepción de los rayos X. Entre las especialidades mejor cultivadas, destaca como pionera en dermatología, por la cercanía de balnearios y de hospitales, así como por las graves y frecuentes enfermedades. Se explica la adecuada dedicación de los cirujanos, y luego dermatólogos, como fue José Pareja Garrido. La mayor riqueza de estas enseñanzas, llevaría a los decretos de 1902 señalando la introducción de nuevas especialidades.

Granada vive los acontecimientos políticos y universitarios, así el regeneracionismo de 1898. El rector Eduardo García Solá plantea en este año las mejoras que la enseñanza universitaria necesita, así para medicina suprimir la enseñanza libre, en especial para las asignaturas prácticas; evitar excesos en teoría y demasiadas asignaturas; introducir las nuevas especialidades; acudir a las enfermerías, de hospitales provinciales, manicomios y maternidades... Ante los ataques a las universidades, exige no suprimir ninguna y mejorar la estima social del hombre de ciencia, considerado «tipo estrambótico, semiignorante, digno de curiosidad mezclada con compasión» (p. 123). Sus propuestas irían por la introducción del modelo alemán y la medicina de laboratorio. En el Congreso granadino de junio de 1911 de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias —abierto por Parejo— denuncia el atraso científico de la patria, que atribuye al teoricismo y a la verbosidad, a la condición étnica de la raza latina, así como a la falta de instituciones.

En el período de entreguerras también vivirá los problemas políticos, así como las exigencias de autonomía universitaria. En 1927 la facultad propone

nuevas asignaturas, ciencias y especialidades y pide más cátedras, apoyando la enseñanza práctica, la alta investigación y la mejora del profesorado. En 1928 en la Asociación de Antiguos Alumnos de la Facultad de Medicina de Granada se planteaban las lacras de la enseñanza, la administración centralista, la pobreza material, los malos locales, el régimen burocrático y la indiferencia social. En los estatutos que siguieron al decreto de 1919 se insistía en mejorar los graves problemas de la universidad. Es un período tanto de buena enseñanza clínica, así en ginecología y obstetricia, como de buena investigación biomédica, destacando el trabajo de Carlos Rodríguez López-Neyra de Gorgot, dedicado a la parasitología de helmintos. Se disfrutaban pensiones de la Junta para Ampliación de Estudios, y se proponen proyectos de facultad y hospital, que se planea de pabellones.

Tras la dura guerra civil, que se estudia con cuidado, en 1944 se inaugura la nueva facultad de medicina y en 1952 el nuevo hospital clínico. De forma tradicional, los enfermos procedían de los servicios de la diputación, hasta que aparece el seguro de enfermedad, teniendo estas relaciones siempre problemas, así escasez de dinero, muchos alumnos y pocos enfermos. En 1941 y 1944 se mejora la coordinación con los servicios de beneficencia y luego en 1946 con el nuevo seguro de enfermedad, empezando una buena etapa clínica a partir de entonces, en especial desde el convenio con el I.N.P. en 1972. Tras la fallida ley de especialidades de 1955, los hospitales de la seguridad social mejoran con el sistema de médicos internos y residentes.

A lo largo de toda la obra, se plantea la calidad de la investigación en la facultad granadina, valorando sus lados positivos y negativos. Tras las pensiones de la J.A.E., el CSIC colaboró con muchos departamentos, pero tan solo puso investigadores en medicina en la sección de Morfología del Instituto Cajal y en la de Fisiopatología de la Nutrición. También creó allí en Instituto Nacional de Parasitología en 1942, gracias a la labor de López-Neyra. La puesta en marcha de los planes de desarrollo económico y la aparición de la Comisión Asesora de Investigación Científica y Tecnológica en 1958, así como en 1964 del Fondo Nacional para el Desarrollo de la Investigación Científica, consiguieron una mejor aportación científica, que es cuidadosamente revisada. Termina el libro con la ley Villar Palasí de 1970, que concibe la enseñanza como un todo e intenta plantear nuevas formas de docencia, que se plasman en las facultades médicas de las autónomas de Madrid y Barcelona. El libro aporta rica información sobre gastos, alumnos, profesores y enfermos. Pero no puedo dejar de señalar el estudio de muchas instituciones andaluzas o nacionales, que enriquecen el libro, así el periodismo, o el colegio de médicos.



Este libro —y reflexiones semejantes, como las antes citadas— permiten encarar el futuro próximo de la enseñanza sanitaria. Nuevas formas de entender la pedagogía médica recorren el mundo. La O.M.S. se ha convertido en la impulsora de estas novedades, que tienen un amplio origen en América, tanto en México como en U.S.A. Se insiste hoy en que la misión del médico debe ser más prevenir y evitar la enfermedad que curarla, por tanto se quiere una especial atención a la medicina primaria y a la preventiva. Se quiere también evitar la gran separación que hay entre las ciencias básicas y la clínica, que se traduce en unos primeros años difíciles para el estudiante de medicina. Para ello se quiere empezar una enseñanza integrada y planteada por problemas, es decir buscar temas de interés que el futuro médico encontrará en su trabajo y abordarlos desde todos los puntos de vista posibles.

Así se modifican las formas de enseñanza, la nueva revolución docente para el personal sanitario pasa por medios informáticos, sistema tutorial, enseñanza interdisciplinar y por problemas, formación continuada, una docencia activa que tiende más a mostrar formas de aprendizaje que simples informaciones factuales. Es decir, se desea proporcionar los medios para que el alumno pueda formarse ahora y en su profesión, más que enseñarle a memorizar y retener inútiles datos. En las pruebas se da más importancia a las aptitudes y aprendizajes que a los datos y a la memoria, se combinan tests, resolución de problemas y entrevistas. La autovaloración y el espíritu activo y crítico son muy importantes. Se debe conseguir que el alumno conozca el medio en que debe ejercer, para lo que se le envía a instalaciones ambulatorias y clínicas, administrativas y de salud pública. No menos importante quiere ser el papel de las humanidades, sean las tradicionales como historia o filosofía, sociología o economía, o las nuevas como la bioética, tan en moda en el mundo americano, en que las normas basadas en el consenso parecen imponerse. Algunas instituciones han sido esenciales en estas reformas, como la mencionada aparición de las universidades autónomas. Parece que son las nuevas universidades las que tienen más posibilidades de introducir estas novedades, por su juventud, dinamismo, flexibilidad, dimensiones... Fue un importante modelo la facultad de medicina de la universidad de Alicante, creada en 1980. La reciente creación de la Universidad de Albacete, parece querer encaminarse en esta senda.

En fin, una buena iconografía y un gracioso estilo embellecen la nueva obra de Guillermo Olagüe. Estoy seguro de que será de gran interés no sólo para los historiadores de la medicina, siempre preocupados por las mejoras en pedagogía, sino también para todos los docentes médicos que han visto con preocupación los grandes males que atenazan su labor. Muchos alumnos y

pocos fondos, difícil enseñanza práctica y demasiada teoría, programas muy cargados e incomprensión del alumnado... Sea, pues, bienvenida obra tan amena cómo interesante.

JOSÉ LUIS PESET REIG  
Instituto Estudios Históricos-C.S.I.C., Madrid

Marcos CUETO. *Culpa y coraje. Historia de las políticas sobre el VIH/Sida en el Perú*. Lima, Consorcio de Investigación Económica y Social / Facultad de Salud Pública y Administración, Universidad Peruana Cayetano Heredia, 2001. ISBN: 9972-804-6-X.

La presente monografía aborda de forma directa y enjundiosa lo que proclama su título: la historia de las respuestas al sida en el Perú. Su autor es un prestigioso historiador de la ciencia y de la medicina, con una ya rica producción sobre la historia social de las políticas científicas en América Latina y sobre enfermedad y sociedad en su Perú natal, uno de cuyos frutos fue *El regreso de las epidemias* (2000). Justamente en la línea de dicho último estudio, que había abarcado desde la peste de 1903 al cólera de 1991, aparece como imprescindible colofón el libro objeto de comentario. El sida ocupa con toda razón el papel de la última gran epidemia del siglo XX, abarcando las dos últimas décadas del mismo. Respecto al panorama que traza alguna revisión reciente (como el de Rosenbrock *et al.* The normalization of AIDS in Western European countries. *Soc. Sci. Med.*, 2000, 50, 1607-1629) de ámbito restringido al mundo europeo, que reducen a dos grandes fases el enfrentamiento con el sida —incertidumbre y normalización— el caso de Perú muestra una mayor ductilidad. Cueto encuentra tres etapas en las políticas peruanas sobre sida, cada una de ellas corresponde con la aparición de un determinado programa o proyecto de estudio o de control. Durante la primera etapa, 1983-87, se vivió como un problema estrictamente médico, importado y ligado a grupos marginales, de manera que la consideración oficial nunca alcanzó a definirlo como una situación de emergencia; sin embargo, es curioso que los medios periodísticos compartieran la imagen de amenaza catastrófica con que se había recibido en otros países occidentales, en especial, pero no sólo, en Estados Unidos. En la etapa intermedia, 1988-95, se inició el Proyecto Especial de Control de Sida, bajo los auspicios de las organizaciones sanitarias internacionales (OMS-OPS) y con fuerte implicación de voluntarios y ONGs, que compiten en cierta forma con médicos y funcionarios. Esta última es una característica central del

anteriormente citado «periodo de incertidumbre» y que ha proporcionado a la experiencia moderna de prevención un rasgo original, que ha llegado a hacer variar algunas de las prioridades estratégicas de la atención sanitaria y, muy señaladamente, ciertas formas de aplicarla. A partir de 1996 se inicia el Programa de Control de Enfermedades de Transmisión Sexual y Sida, que incorpora varias de las novedades internacionales en el campo de la orientación preventiva, en particular las que se refieren a la atención a los aspectos socioculturales. Precisamente, la importante presencia en Occidente de grupos, personas, comunidades que miran al sida desde fuera del mundo sanitario, han conducido a este a ser muy consciente de su instalación en la sociedad civil. Así, la resistencia activa de las primeras comunidades (la triple h) implicadas llevó a sustituir como objetivo prioritario de los programas de intervención los «grupos de riesgo» por «las conductas de riesgo» (individuales). La complejidad de las definiciones y de los instrumentos para transformarlas, rápidamente superada la etapa inocente de pensar que el contenido «saludable» es lo que garantiza la capacidad preventiva de los mensajes, pulieron y aguzaron la percepción sobre los conflictos inherentes al modelo médico hegemónico. No es accidental que fuera en 1986 cuando se promulgó la Carta de Ottawa de la OMS, que da nacimiento a la política de «promoción de la salud». Y el caso peruano ofrece una importante plasmación de la interrelación entre propuestas e intereses nacionales y ofertas e intereses internacionales, que ya me gustaría que estuviera clara, por ejemplo, para el caso de España.

El texto es muy cómodo de leer y la narrativa es fascinante, por lo que encierra de caso particular. Hace justicia a la afirmación metodológica del propio autor, que no atiende a más preceptiva que a la del rigor en la selección de los sucesos, el orden narrativo y el esclarecimiento de las interconexiones entre personas, estructuras y procesos, discursos y prácticas (p. 20). Para ello se apoya en un amplio caudal de fuentes, de muy variada procedencia, oficial, universitaria y privada, que mezcla, enfrenta y modula unos con otros. Es decir, nos proporciona un caso ejemplar de construcción social de una enfermedad.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA  
Universidad de Granada

Geoffrey C. BOWKER; Susan Leigh STAR. *Sorting things out: Classification and its consequences*, Cambridge-Massachusetts, MIT Press, 2000 [1999], 377 pages. ISBN: 0262522950 [Pb 13.95 \$].

Classification is an «old» issue in modernity, as many historians of science have pointed out. But as Star and Bowker suggest in *Sorting Things Out*, it is also a newly contemporary issue under conditions of flexible capitalism and its particular modes of globalization, particularly with regard to global information systems. Star and Bowker locate their discussion in the wider field of communication and information studies, which address the emergence of changing systems and forms of communication from human speech to electronic telephone and Internet technologies.

Like other works that consider taken-for-granted dimensions of technology as objects of study in their own right, *Sorting Things Out* considers classification as a central feature of information systems and their associated technologies. This work also draws on science and technology studies, an interdisciplinary field of research characterised by its critical engagement with scientific and technological knowledges, practices and artefacts. Rather than assuming that science and technology are either positive or negative features of the world, scholars in this field ask how and why particular forms of science and technology come into being, and what part they play in the making of our worlds. A central feature of this research is its critique of scientific objectivity and technological neutrality, and its insistence on the fundamentally social and cultural nature of science and technology. The turn to everyday technologies and knowledges within science and technology studies has also made seemingly mundane aspects of «high-tech» subject to analysis.

Bowker and Star ask the same basic questions about classification that science and technology studies scholars might ask about any other scientific or technological invention, namely: what is classification, in what terms should it be described, and what is its social or cultural significance and power? The authors answer these questions using a two-part approach. First, they consider classification as a general category, addressing the methodological and theoretical issues it raises. They link this general discussion to specific cases in the second part of their approach, which analyses four classification systems, including the International Classification of Disease (ICD), the classification of tuberculosis among patients and physicians, the South African system of racial classification before and during apartheid, and the Nursing Interventions Classification.

Working across these systems, the authors consider how classification carries meanings and information across time and space, and how it encodes histories

of moral and political values. So, for example, the authors suggest classifications of death can be found in the ICD categories, but that the entries for these classifications record historical shifts in the definition of death, and are thus introduce an element of ambiguity within the text itself that amplifies the scope of interpretation in practice as well. The authors also consider how classification can exert a twisting force, or «torque» on individual biographies. They argue that in the South African system of racial classification, for example, the lack of fit between mixed-race people and the classification system has impeded access to education, housing and other necessities. At the same time, Bowker and Star suggest, this lack of fit exposes the kinds of exclusions that such systems can produce, and the limits of any classification system. Bowker and Star also show how, as part of an effort to legitimate nurses' invisible labor, the design of the Nursing Classification System necessarily requires political decision-making, compromises, the reduction of flexibility, and contestation as well as resistance. Classification emerges from this two-part approach as a fundamentally human (and universal), useful, and contingent mode of knowledge-making whose political and moral effects are always inseparable from the design and use of any such system.

Star and Bowker's account of classification is unnecessarily universalizing and suffers from the lack of any historical dimension. A more located approach, both in time and place would enhance the power of their arguments. Still, for me the book is compelling because of the authors' pragmatic approach. From the outset, Star and Bowker align themselves with the designers and users of classification systems, rather than as external critics. The question that follows from this positioning is not «what are the limits and failures of classification», but rather «how does classification work, and how might classification systems be designed in politically and morally effective ways?» By framing their project in this way, the authors enact a critique from «inside» the practice of classification that does not begin from an idealised position of purity, but instead *theorises* classification *as a practice* that will entail necessary limitations and compromises. The object of their theoretical work is to specify ways of actually making classification systems that are more responsive to historical and cultural changes and differences. Since classification systems have material and social consequences, this pragmatic approach to theory seems most appropriate, as compared to what otherwise goes by the name of «radical critique».

Their pragmatic approach is particularly important, since as Star and Bowker point out, classification is a fundamental component of increasingly powerful transnational information structures. Their approach undercuts any claim to classification as objective practice, and highlights the political dimensions

of every classification system. At the same time, their pragmatic approach shows both what particular classifications exclude or fail to capture, and how exclusion can be politically effective in specific cases. By insisting on the inescapability of classification, and then examining how classification works (and doesn't), their work points towards practical ways of creating and using classification systems such as those currently operating in transnational information structures, in ways that are more attentive to both local and global relations of inequality.

CLAUDIA CASTAÑEDA

Universidad de Lancaster, Reino Unido

Andreas FREWER; Volker ROELCKE (Hsrg.). *Die Institutionalisierung der Medizinhistoriographie. Entwicklungslinien vom 19. ins 20. Jahrhundert*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2001, 267 págs., [40 €].

La presente obra festeja el centenario de la fundación (1901) de la Sociedad Alemana de Historia de la Medicina mediante la publicación de trabajos recopilados con motivo de un simposio mantenido durante el congreso de la actual *Deutsche Gesellschaft für Geschichte der Medizin, Naturwissenschaften und Technik* en Leipzig en 1999, simposio celebrado en conmemoración a su vez del primer centenario de la muerte de Theodor Puschmann. Su objeto es la indagación acerca de los orígenes inmediatos de la institucionalización disciplinar de la Historia de la Medicina a caballo entre los siglos diecinueve y veinte. Se compone de trece capítulos, uno introductorio firmado por los editores, y otros doce más de otros once autores, pues uno de los compiladores repite como autor, una sección con detalles biográficos de todos ellos y un índice onomástico. Contribuyen al libro diez autores alemanes, uno suizo y una austriaca, en total dos son mujeres, la mediana de cuyo año de doctorado es 1984. Todos desempeñan puestos universitarios en historia de la medicina, salvo una doctoranda, una médica con puesto clínico y un farmacólogo posiblemente retirado, los cuales, no obstante, mantienen algún tipo de vinculación no venal con institutos del ramo. Es interesante advertir que, en ocho casos, la formación básica es la médica, que en seis casos se une a estudios humanísticos o científico-sociales, mientras que en los restantes cuatro el tronco disciplinar es historia, siempre junto con otra formación humanística o científico-social. Este perfil nos habla de los cambios producidos en el reclutamiento de nuevos profesionales en el ámbito de la historia de la medicina y, de forma colateral, sobre el no menos notable fenómeno del emborronamiento

de las ominosas barreras disciplinares, que tanto hacen por mantener compartimentos estancos en la práctica científica, asociados a un reparto no menos escrupuloso de competencias docentes universitarias en procesos más semejantes a juntas de la propiedad inmobiliaria con ocasión de cualquier plan parcial urbanístico que a ninguna otra cosa.

Este libro constituye un excelente pretexto para estimular una reflexión sobre los contenidos de nuestra tradición disciplinar, precisamente porque examina su nacimiento inmediato en el relevante contexto de la historiografía germánica, cuyo modelo adoptamos en España.

Las contribuciones son variadas por su objeto de estudio particular (desde los trabajos de Sprengler a la marcha de Sigerist, la reanudación en 1952 del *Sudhoffs Archiv* interrumpido en 1943, o la secuencia de fundación de institutos historicomédicos en territorio alemán) y por su estilo narrativo, incluyendo aquí la pluralidad de abordajes metodológicos: se practica la recuperación de textos manuscritos, el análisis pormenorizado de procesos societarios, con amplio apoyo de archivo cuyas aportaciones sirven de contrapunto a lo oficialmente publicado, prosopografía, historia institucional, etc. Una ojeada al índice onomástico, nos muestra con 15 ó más citas a T. Puschmann 29, J. Pagel 22, M. Neuburger 21, A. Hirsch 18, K. Sudhoff, 17 y R. Virchow, 15; pero si consideramos el número de secciones en las que se cita a estos autores, el orden sería Sudhoff (8), Puschmann y Neuburger (5), Hirsch (3), Pagel (2) y Virchow (1), debiendo incluir a H. Haeser, R. Koch y A. Klebs, con presencia en 2 secciones y a H. E. Sigerist en 4. Hay capítulos llamativos por el esclarecimiento que prestan a ciertos sucesos, como es el de Andreas Frewer sobre las maquiavélicas actuaciones de Sudhoff en el periodo 1896-1906, que considera «la fase nuclear del proceso de de institucionalización», que muestran la soberbia con que el sabio de Leipzig condujo sus actuaciones públicas, sin recato ninguno con sus aliados, a los que usaba y tiraba sin contemplaciones. Otros suministran ricas informaciones bien sistematizadas, como es el caso de los escritos por K. H. Leven sobre el periodismo germano especializado (del primer *Janus* al último *Sudhoffs Archiv*) o el de B. vom Broche sobre la dinámica universitaria de la disciplina. Particularmente bien estudiada es la aportación de Puschmann, con dos trabajos, uno dedicado a la reconstrucción biográfica, si bien bastante escolar desde mi punto de vista, y otro donde se pormenorizan los avatares de su legado material, empleado en la dotación del Instituto de Leipzig. Hay cuatro capítulos que estudian personalidades y actuaciones anteriores o ajenos a las figuras de Puschmann y Sudhoff, y que resultan un conjunto muy apreciable por el esmero con que abordan dichas vicisitudes; llama la atención en particular el trabajo de W.F. Kümmel dedicado a analizar

las estrategias de legitimización empleadas por la Historia de la Medicina en el siglo XIX, en tres grandes fases: la inmediata a la Ilustración, la de los años de la década de 1870 y la de tránsito con el siglo veinte. La última colaboración viene firmada por Alfons Labisch, quien muestra con su habitual maestría y síntesis conceptual el camino que ha llevado de la historia pragmática de Sprengler a la desaparición de los argumentos históricos en la época positivista, el proceso de institucionalización y la situación actual, en que preconiza la Historia *en la Medicina* (en la línea de Rothsuh, Hartmann, Seidler o Schipperges) con un sentido muy similar al buscado por el antecesor ilustrado: la creación de un pensamiento conformado historiográficamente que se emplee en la resolución de problemas técnicos médicos.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA  
Universidad de Granada

Roger COOTER, John PICKSTONE (eds.). *Medicine in the twentieth century*, Amsterdam, Harwood Academic Publishers, 2000, 756 pp. ISBN: 90-5702-479-9 [88.46 £].

En la segunda mitad del siglo XX se ha vivido un desplazamiento del eje principal de la historiografía médica desde la Europa continental hacia el mundo anglosajón, en particular norteamericano y británico, a la vez que se ha estrechado el vínculo entre la historiografía y las ciencias sociales (sociología y antropología en particular). El caso americano, basado en la floración de los injertos europeos importados en el periodo de entreguerras, sobre la base de su gigantesco sistema universitario y una importante red de patrocinios privados; el caso británico, a partir de la actuación destacadísima de la Fundación Wellcome, fundamental para sustentar la expansión universitaria de puestos de trabajo permanentes en este ámbito disciplinar. El presente libro, justamente, corresponde al trabajo editorial conjunto de sendos responsables de unidades Wellcome, Cooter en Norwich y Pickstone en Manchester, y puede figurar como una magnífica carta de presentación de la historiografía médica anglosajona de comienzos del siglo XXI. Para más detalles sobre el ascenso contemporáneo de la profesión historico-médica en Gran Bretaña es muy útil precisamente el artículo escrito por John Pickstone en el volumen 19 de *Dynamis*.

El libro es ejemplar por muchos conceptos —y sólo voy a utilizar el sentido más restringido de dicho epíteto—: nos sirve como muestra de un determinado quehacer, la historia actual de la medicina, con todas sus complejidades,



aciertos y debilidades; nos introduce en la extensa comunidad anglosajona; nos representa la enorme variedad de aspectos que abarca el concepto de «medicina», hasta el punto que hacen falta más de 50 autores para afrontar este estudio en el limitado periodo de los últimos cien años. En este sentido su propia existencia sustenta la afirmación inicial de sus directores sobre la extraordinaria importancia que ha cobrado la empresa médica, en los terrenos económico, político y social, ideológico y cultural. Al mismo tiempo, el plan de la obra y el estilo narrativo de la mayor parte de sus capítulos ejemplifica la manera contemporánea de enfocar la historia, con un tono analítico empeñado en esclarecer la mezcla de poderes, discursos y vivencias que componen el devenir de las sociedades humanas. Un rasgo característico de esta historiografía es su marcada agudeza crítica, que conduce tanto a la problematización de los supuestos científicos —esto es, el primer problema de la investigación histórica es determinar cual sea su objeto, puesto que se dejan de aceptar en su literalidad las formulaciones de los triunfadores del pasado—como a una visión menos heroica y altruista de las intervenciones institucionales. Si en algo existe unanimidad a lo largo de las páginas de este texto es en certificar un cambio en la consideración de la medicina a partir de los años setenta, cambio que desarrolla una posición ciudadana más escéptica sobre «los bienes del progreso», incluida la posición autoritaria de los expertos, y un deseo de incrementar la autonomía y la participación de los pacientes y ciudadanos en los procesos de decisión, individuales e institucionales.

Existen algunos aspectos menos felices, que no podemos dejar de señalar en una visión global como esta. El principal es la perspectiva anglocéntrica (entiéndase: anglonorteamericana) con que está escrito y compilado. Esto significa que se basa sobre fuentes en su casi totalidad de dicha procedencia (y las que no, traducidas al inglés: salvo en las bibliografías de los tres trabajos firmados por colaboradores franceses, Anne Marie Moulin, Ilana Löwy y Patrice Pinell, prácticamente las únicas donde existen un cierto número, pequeño en todo caso, de referencias en otros idiomas), sin que sea óbice la existencia de bibliografía actual disponible en otros idiomas. Así que el libro, con/por todas sus cualidades, se ve convertido en elemento activo de globalización, no respetando en la práctica la fuerte contextualización del quehacer historiográfico contemporáneo que subraya las diferencias nacionales y regionales inherentes a los procesos históricos —como se defiende en muchos de los capítulos, por ejemplo y de manera muy intensa en el firmado por Virginia Berridge sobre «Grupos de apoyo a los enfermos de sida». Contribuye a establecer el inglés como medio normal de comunicación en el seno de la comunidad historiográfica internacional y a situar en primera línea de estudio los aspectos propios de las problemáticas nacionales y culturales del mundo anglosajón. Sólo un

puñado de capítulos, entre los que componen el primer apartado del texto, atienden a problemas de alcance y base factual internacionales, como son los que firman Paul Weindling (sobre la Europa de entreguerras), Charles Webster y Rudolf Klein (sobre distintos momentos de las relaciones entre medicina y estados de bienestar). Otras contribuciones se refieren a territorios claramente distintos, como los que examinan el caso de la medicina soviética (Mark G. Field) o a la china (Francesca Bray). Los capítulos dedicados a «Medicina Colonial» (Michael Worboys), «Medicina Postcolonial» (Randall M. Packard) y al «Cuerpo Tercermundista» (Warwick Anderson) representan algo así como una situación intermedia, puesto que la perspectiva de los autores y de sus fuentes es del tipo dominante indicado y la realidad que se discute está muy cercana a la comunidad de naciones de origen británico. Seguramente, esperar otra cosa sería extraordinariamente sorprendente, dado que, pese a los pronunciamientos de décadas sobre la conveniencia de los enfoques comparados, todavía no existen los sujetos con tal grado de formación que les permita la familiaridad tanto lingüística como sobre los problemas en contextos ajenos a un determinado marco político nacional. En el caso anglosajón, hay que contar, sin duda, con una realidad material indudable, cual es la del situarse dentro de la máxima potencia científico-médica con posterioridad a la II Guerra mundial, y del consiguiente liderazgo sobre los circuitos de la producción y la difusión científico-médica, tanto como del mecenazgo, tangibles poderes fácticos a la hora de disponer programas de investigación historiográfica.

El libro está compuesto por un detallado sumario y lista de colaboradores, una introducción de los directores, 46 capítulos firmados por hasta 51 autores (en siete casos son dos los firmantes) y un detallado índice temático. No se encuentra, y es otra carencia señalada del libro, una bibliografía unitaria, sino que cada artículo ofrece un listado más o menos largo de ofertas de lectura para profundizar en los distintos temas. Pickstone firma además un capítulo, el primero de todos, y Cooter otros tres (sobre discapacidad, ética y muerte). Los capítulos se ordenan en tres grandes apartados: *Power, Body, Experiences* (poder, cuerpo, vivencias), que actualizan el mapamundi de la indagación historiográfica: historia social, historia cultural e historia desde abajo con fuerte impronta sociológica y antropológica. El primero, sobre el poder, o los poderes, aborda los aspectos de relación de la medicina con la estructura económica y sociopolítica: la organización internacional tras la primera guerra mundial, los programas de intervención sanitaria de la primera mitad del siglo enfocados hacia la conquista de la «eficiencia nacional», la medicina soviética, el mundo colonial y postcolonial, la contracultura como fuente de pluralidad asistencial, los estados del bienestar, la industria farmacéutica o la industria suministradora de la tecnología médica. Se compone de doce capítulos, exten-

didados a lo largo de 185 páginas. El segundo apartado, la historia del cuerpo, recoge las aportaciones sobre una de las principales novedades en el campo de la historia cultural, que ha revelado el carácter central del *cuerpo* en la historia, como entidad material y como proyecto conceptual: el lugar en el que se materializan los discursos y se anudan las representaciones. No en balde es Michel Foucault el autor más recomendado en el conjunto de los dieciocho capítulos que la componen (entre la página 187 y la 486), seguido por David Armstrong, que es un conocido foucaultiano británico. El detalle temático incluye desde un capítulo historiográfico inicial, pasando por el cuerpo sano, industrial, tercer-mundista, temporal, sexual, reproductor, psicológico, psicoanalítico, psiquiátrico, enfermo, genético, analizado, experimental, ético y llegando al cuerpo muerto (cadáver). Los restantes dieciséis capítulos (desde la página 487 a la 738) que componen el último apartado examinan los distintos espacios de la medicina, incluyendo los medios de comunicación, instituciones (hospitales), profesiones (enfermeras, técnicos sanitarios, cirujanos) y situaciones comunes (ir al médico, parto y maternidad, enfermedad infantil, guerra, vida vicaria —cuidados intensivos, trasplantes, etc.—, vejez, enfermedad mental, cáncer, sida, paludismo), además de un capítulo final sobre la experiencia china. Este tercer apartado tiene como argumento la visión de los actores, si bien en aplicación de lo que hemos significado como «historia desde abajo», esta consideración se amplía desde los profesionales a los pacientes implicados, cuya experiencia es considerada de forma relevante en la mayoría de las contribuciones. Así, es significativo que la contribución de Joel D. Howell sobre hospitales se organice en torno a los itinerarios típicos de pacientes determinados y se centre en explicar los cambios que se observan en ellos; como que el capítulo sobre sida (V. Berridge) se centre en los grupos de autoayuda. En cambio, el capítulo sobre cáncer (de Patrice Pinell) se centra en la institucionalización de la campaña contra el cáncer a partir del manejo de la radioterapia y la imagen de paciente que se produce en dicho contexto. Con palabras que bordean un típico ataque de humor británico, la introducción explica que el capítulo sobre paludismo (Lyn Schumaker) contribuye en esta línea «desde abajo» a aportar la visión del mosquito (*to construct a twentieth-century perspective on medicine from the point of view of an agent of infection, the mosquito*, p. xviii). El caso es que dicho capítulo se estructura en tres partes, dedicadas, respectivamente a plasmodios, a mosquitos y a enfermos.

No es cuestión de discutir cada uno de los capítulos, en su mayoría escritos con claridad y llenos de análisis afortunados. Algunos son bastante novedosos en su enfoque —que incluye la propia materia del capítulo— o por su ubicación dentro de una historia de la medicina, como los referidos a la

industria farmacéutica, los medios de comunicación, el cuerpo analizado o el de vidas vicarias. Los dos capítulos iniciales tienen un enfoque general. La tipología que Pickstone establece en los fines de la medicina del siglo veinte (medicina reparadora, medicina comunitaria, medicina de consumo), en tanto que tendencias alternativamente dominantes a lo largo del siglo resulta muy sugerente y ajustada a los hechos y muy bien articulada para explicar las alternativas inmediatas que se abren en esta vigésimo primera centuria; a su lado, el capítulo de Brandt y Gardner sobre las novedades científico-médicas, titulado «¿La edad de oro de la medicina?» aparece como una síntesis aseada pero poco atrevida. La hipótesis general, que se enuncia en la introducción y se verifica en la mayoría de los capítulos, singularmente en este, es la de un cambio de tendencia respecto a la consideración de los triunfos de la ciencia en torno a los años de la década de 1970; si durante la primera larga mitad del siglo la consideración pública y política de la ciencia y de las instituciones médicas ha sido predominantemente positiva, el último tercio del siglo alumbró una reacción crítica, que rechaza una visión simplista de «los bienes del progreso», el reduccionismo biomédico y la autoridad incontestada de los expertos y reclama una mayor autonomía de los pacientes y la participación en el proceso de toma de decisiones, individuales e institucionales, por parte de enfermos y población en general. En cuanto al estilo, en general hay cierto déficit en la precisión cronológica y una ausencia llamativa de nombres propios (un contraejemplo: el capítulo dedicado a los cirujanos, por Chris Lawrence y Tom Treasure, se estructura en torno a sucesivas notas biográficas de distintos cirujanos ingleses y norteamericanos, según una secuencia cronológica que cubre el siglo). Por otra parte, en muchas de las aportaciones se encuentran interesantísimas reflexiones sobre el futuro inmediato, a partir del análisis desarrollado, en la línea que marca el capítulo inicial de Pickstone.

En suma, se trata de un libro imprescindible, que pese a su sesgo anglosajón deberá ser tenido en cuenta a la hora de abordar la historia de la medicina del siglo veinte en otros países o contextos culturales; pues si no cabe deducir que esta medicina se haya ejercido y vivido de la manera como se refleja en este libro en todos los rincones del mundo industrializado y postindustrial, sí que la agudeza y amplitud de sus contenidos temáticos nos pone sobre aviso acerca de lo que debemos tener en cuenta en cualquier otro contexto.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA  
Universidad de Granada

John V. PICKSTONE. *Ways of knowing. A new history of science, technology and medicine*, Manchester, Manchester University Press, 2000, 271 p. ISBN: 0262522950 [Pb 9.99 £].

El libro de Pickstone constituye el resultado final de un largo proceso de investigación y, sobre todo, de reflexión pluridisciplinar sobre la transformación histórica de tres ámbitos —ciencia, tecnología y medicina— que, de forma tradicional y deliberadamente corporativista, se han presentado separados, sin determinar sus formas de relación específicas, influencias recíprocas o contextos históricos de producción de conocimiento comunes. Nos hallamos ante una síntesis novedosa de la historia de la ciencia, la tecnología y la medicina; términos que Pickstone resume, a falta de vocabulario más específico, como CTM y que considera afines por cuanto unos y otros se complementan y se iluminan mutuamente. En este sentido, el estudio de la transformación histórica de la CTM respalda una idea y un concepto amplio del término ciencia, que incluye el conjunto de la CTM y que ya es moneda corriente en algunos departamentos y bibliotecas universitarias.

Pickstone hace un repaso de la historia de la CTM desde el Renacimiento hasta el final del siglo XX a partir del estudio de las formas de conocimiento (*ways of knowing*) elaboradas por el ser humano para conocer y dominar la naturaleza, el mundo. Pickstone distingue, de forma básica, tres formas de conocimiento desarrolladas a lo largo de este período: historia natural, análisis y experimentación. Se trata de tres formas de comprensión de la naturaleza (*naturalia*) y de la creación humana (*artificialia*). La primera describe y clasifica objetos y sistemas, la segunda los descompone en partes o elementos, mientras que la tercera reordena estos elementos con la idea de producir nuevos fenómenos. Tres formas de conocimiento que se complementan, desde el último tercio del siglo XIX, con una nueva forma, que denomina «tecnociencia», producida en el ámbito común del científico, el industrial y el gobernante y dirigida a la creación de «productos científicos» (*scientific commodities*).

El recurso a las formas de conocimiento como categorías de análisis histórico parte de los tipos ideales weberianos y, por tanto, cada una de tales formas comprende, comparte y se complementa con las otras. Los tipos weberianos son instrumentos analíticos de corte sociológico y se emplean como recurso para el examen de la realidad, en este caso, histórica. Los tipos de Pickstone proceden del tradicional análisis de la historia de la medicina elaborado por Erwin Ackerknecht y desarrollado por Nicholas Jewson. Dichas tipologías van ahora más allá de la medicina, se aplican a los procesos y los objetos donde confluye la CTM. Todo análisis histórico basado en herramientas procedentes

de la sociología está sometido a una crítica común relacionada con la generalización y el idealismo. En este sentido, Pickstone reivindica la importancia del contexto histórico y la necesidad de su estudio en todo momento. Así cada uno de los tipos creados no se produce de forma azarosa, sino que tiene lugar en organizaciones sociales y políticas específicas y se produce a partir de la conciencia de actores históricos determinados. De tal forma, estas tipologías no ocurren a la vez ni en un mismo plano, sino que existen diferencias, que quien hace historia debe reconocer, en el tiempo y en el espacio. A lo largo de las páginas de este libro, Pickstone realiza un ejercicio siempre complicado para el historiador, a menudo desestimado: el empleo del análisis histórico para su uso en el presente a través de la comparación, sin caer, no obstante, en el anacronismo, en el presentismo o en el positivismo de factura progresista.

Pickstone defiende que las maneras de conocer elaboradas por el ser humano a lo largo del tiempo no se sustituyen unas por otras, de modo que las nuevas relevan a las viejas, sino que conviven, se acumulan en un interesante proceso de interrelación sin llegar a desaparecer y, en cualquier caso, todas se sostienen a partir de sistemas de valores y de significados múltiples. La insistencia de Pickstone en esta cuestión se manifiesta a lo largo de todo el libro. Un contexto histórico preciso puede presentar como dominante un determinado medio de conocimiento, de aproximación a la realidad. No obstante, ello no significa la sustitución de este medio predominante de conocimiento, su extinción, sino la entrada en un proceso de convivencia, de solapamiento dinámico. Pickstone ilustra cada una de estas ideas con multitud de ejemplos convincentes, algunos de ellos cargados de provocación, de una provocación positiva, dirigida a la discusión y a la reflexión. No se trata, desde esta óptica, de un libro que pueda dejar indiferente al lector.

Cada una de estas formas de conocimiento es tratada particularmente en el estudio de Pickstone. En el segundo capítulo, previo, el autor lleva a cabo un estudio metodológico, centrado, de las diversas formas de descodificar o leer el mundo. Una hermenéutica de los significados y los valores que se hallan en la naturaleza, en los artefactos, en los textos. El tercer capítulo se centra en la historia natural como forma de conocimiento, descriptiva y clasificatoria, fundamental en la empresa científica. Los capítulos cuatro y cinco diseccionan, valga el uso metafórico de la expresión, el conocimiento a partir de la descomposición de la realidad, del análisis de las partes. La aparición de las disciplinas científicas tiene lugar bajo dicha forma de aproximación a la naturaleza. En esta parte, se presta una atención especial a los lugares de producción, la fundación institucional de una manera específica de producción de conocimiento y de creación de ciencia. Así, los gabinetes de curiosidades dan paso a

los museos, a los observatorios, a los hospitales como centros de enseñanza, etc. El capítulo sexto estudia el proceso mediante el cual el análisis de las partes, de los componentes de lo conocido pasa al experimento de su unión, a la creación de nuevos artefactos mediante el control de sus componentes, todo ello en el laboratorio. El capítulo séptimo abunda en el estudio de dicho proceso experimentador y se concentra, de este modo, en la manufactura que surge del laboratorio, en la producción industrial de tecnología científica.

El libro de Pickstone no se construye a partir del análisis particular de cada una de las disciplinas científicas, técnicas o médicas, que hoy reconocemos como tales, sino de la historia de cada una de las formas de conocimiento descritas más arriba. Este acercamiento resulta sin duda interesante. Más allá de los análisis particulares, Pickstone considera una consecuencia positiva del estudio de las formas de conocimiento a través de la historia, aquella relacionada con las formas de trabajo o de práctica ligadas a cada una de las formas específicas de conocimiento. En definitiva, el denominador común que cruza cada una de las disciplinas particulares se fundamenta en el recurso a los procedimientos derivados de la intersección de dichas formas de conocimiento. Así, este análisis permite afirmar que, por encima de las compartimentaciones estancas, las formas de conocimiento estudiadas producen formas de investigación determinadas, formas de producción características y, finalmente, instituciones o estructuras sociales que las facilitan y las promocionan. Todo ello, como ya se ha apuntado, en contextos sociales, culturales, económicos y políticos precisos.

Conviene señalar el carácter original de la estructura del libro. Pickstone no dirige su trabajo exclusivamente a la comunidad científica, es decir, a los historiadores de la ciencia, la medicina y la tecnología, a los filósofos de la ciencia y, en forma más amplia, al resto de historiadores. El libro contiene unas «misiones» específicas, dirigidas a (1) historiadores o interesados en el cambio social e intelectual; (2) a científicos, ingenieros, doctores; (3) y al público en general, sin distinción alguna. Pickstone no sólo espera colmar los intereses de cada uno de estos públicos, sino que mediante su análisis y su utilización comprensiva del término ciencia pretende contribuir al establecimiento de un mapa de la historiografía de la ciencia que recoja los frutos de los intereses y de los campos de estudio abiertos por la revolución historiográfica de los años noventa; a la promoción de una cultura científica más diversificada; y a la utilidad pública de la categoría CTM como instrumento de reflexión y de creación de opinión crítica hacia aquella comprensión amplia de la ciencia. De esta manera, el capítulo segundo del libro puede ser pasado por alto por quienes no están interesados en cuestiones de metodología. En concreto, por

el público menos especializado. En contraste, el último capítulo se dirige a dicho público. A la luz del fenómeno reciente de la comprensión pública de la ciencia, desarrollado por las administraciones occidentales, Pickstone abunda en la idea de considerar al ciudadano como agente activo y no como mero receptor pasivo del acontecimiento científico. Además, sostiene la idea de que la historia resulta un instrumento ideal para mostrar, tanto al ciudadano como al gestor, la complejidad y la pluralidad de la CTM, la falsedad de una comprensión estrecha e interesada de la ciencia y del científico, la diversidad de acercamientos y de intereses.

El trabajo de Pickstone facilita la comprensión de la historia de la CTM a lo largo de algo más de cinco siglos. Ello sólo ha sido posible gracias a la maduración de unas herramientas de análisis que esconden un enorme número de lecturas y también de años de reflexión. Sería conveniente que aquellas personas que tengan a su alcance el favor de los editores reclamaran la traducción inmediata de este libro. Ello favorecería algo que desea el propio Pickstone, quien considera su análisis provisional, abierto a la discusión y a la revisión. En fin, tal y como recomienda el propio autor, un elemento que completa la lectura de este libro procede de la visita a la página web del departamento de CTM de la universidad de Manchester donde Pickstone ejerce como profesor y ha ostentado su dirección durante largo tiempo ([www.chstm.man.ac.uk](http://www.chstm.man.ac.uk)).

ALFONS ZARZOSO

Museo Història Medicina Ctalunya

Aren HESSENBRUCH (ed.). *Reader's guide to the history of science*. London / Chicago, Fitzroy Dearborn Publishers, 2000, 934 págs. ISBN: 1-884964-29-X [95 £].

Se trata de una obra de consulta de formato original pues, más que proporcionar una explicación sucinta de cada una de las voces temáticas, introduce la bibliografía más relevante a juicio del autor en cada caso. No suministra, pues, una síntesis de contenidos (aunque depende de la habilidad de quien escribe), como se puede encontrar en otros trabajos enciclopédicos, como las *Companion* de Bynum y Porter (1993) y la de Olby, Cantor, Christie y Hodge (1990, 1996) respectivamente para historia de la medicina e historia de la ciencia, sino una guía para la lectura de otras obras, de donde podemos obtener ese conocimiento actualizado. El espectro bibliográfico considerado es básicamente anglosajón y puesto que, según su responsable, se trata de una



obra deudora de la incorporación de las nuevas tecnologías de la información, seguramente su destino ideal sería la instalación en red, de modo que hiciera factible la revisión periódica y la introducción de novedades bibliográficas.

El contenido principal del libro va precedido por la lista de autores que colaboran en el mismo (280 si no he contado mal) y el sumario temático, en forma de listado alfabético de las 514 entradas individuales y las mismas agrupadas por grandes categorías (en el orden en que aparecen: ciencias alternativas, conceptos analíticos, astronomía y astrofísica, ciencias químicas, ciencias geológicas, enseñanza, ingeniería y tecnología, aspectos generales, personas, ciencias biológicas, publicaciones científicas, ciencias matemáticas, ciencias médicas y de la salud, medicina y sociedad, historias nacionales, ciencias físicas, ciencias de las culturas «premodernas», instrumentación científica, ciencias sociales y asociaciones e instituciones), que, a su vez, se pueden condensar en tres grandes apartados: personas, disciplinas e instituciones y temas amplios (popularización de la ciencia, revolución científica, el romanticismo...; sorprendentemente, la voz «el cuerpo» se encuentra en el apartado de medicina y no en el de temas generales, mientras que «la mente» se coloca en la categoría de ciencias sociales; «fisiología» y voces de temas o autores relacionados con ella aparecen en ciencias biológicas, pero «fisiología experimental» se incluye en medicina). Tras la secuencia alfabética de entradas aparece una lista de libros recomendados, en formato abreviado, que remite a las correspondientes entradas para su identificación (más de 6.000 títulos, según una estimación por el número de páginas que cubre), un índice general y las notas biobibliográficas sobre autores y consejeros (cierto número de eminentes personalidades que han contribuido a la selección de temas y a su asignación a personas concretas, como se da cuenta en la brevísima introducción del editor). Cada una de las voces se compone de un listado bibliográfico, su comentario y la mención a referencias cruzadas.

El editor único del libro es un joven historiador, especializado en ciencias físicas (obtuvo su doctorado en 1994, y según su página web ha escrito reseñas desde 1992, libros desde 1993 y artículos desde 1995) que trabaja en la actualidad en el Instituto Dibner de Historia de la Ciencia y la Tecnología del MIT. Contribuye asimismo con 19 voces, tres de ellas en colaboración. Los consejeros son de procedencia británica en su mayoría, con el grupo más numeroso asentado en la Universidad de Cambridge, seis de ellos en el Departamento de Historia y Filosofía de la Ciencia y uno jubilado del departamento de lenguas clásicas (Sir G.E. Lloyd), un par de miembros del Centro de Historia de la Ciencia, la Tecnología y la Medicina de la Universidad de Manchester y cuatro personas más de otras procedencias, incluyendo al recientemente desaparecido

Roy Porter. A continuación hay otro grupo de supervisores con base en Norteamérica, compuesto por siete personas, más tres europeos. De entre todos, ocho contribuyen también con al menos una voz y cinco (David C. Lindberg, G.E.R. Lloyd, Roy Porter, Theodore Porter y Simon Schaffer) están entre los autores más citados en la bibliografía recomendada.

El trabajo editorial merece todo el respeto del mundo, para haber sido llevado a cabo por una sola persona; sólo la tarea de coordinar a casi 300 autores y más de 500 artículos parece gigantesca, sin tener en cuenta la inevitable verificación de las más de 6.000 referencias. La amplitud temática generada dentro del campo de la historia de la ciencia, la tecnología y la medicina es asimismo abrumadora, cuando se pretende dar cuenta de los enfoques plurales que han actualizado los contenidos de la disciplina (ciencias en contexto). Posiblemente, además, la empresa tendría límites físicos impuestos por la editorial (el entorno de las 500 voces); o sea, que estamos ante un monumento al trabajo cuya misma existencia sólo merece elogios. Es comprensible, con todo, que los resultados no sean absolutamente perfectos. ¿Hay que aceptar que sólo existe bibliografía seria sobre las personas, conceptos e instituciones que aquí se señalan? Parece que no. ¿Hay que suscribir que la bibliografía que aquí se comenta sobre cada una de las voces es la que debe ser comentada? Pues es también dudoso, aunque sólo sea por el inevitable y avasallador sesgo anglosajón y el no menor imperativo cronológico.

Una manera de acercarnos al contenido del libro puede ser examinar la población de colaboradores, a partir de las notas biográficas que se recogen en el apartado correspondiente. Encuentro 90 autores asentados en el Reino Unido, 87 en los Estados Unidos, 1 en Irlanda, 19 en Canadá, 6 en Australia, 1 en Sudáfrica, en total 204. 26 reportan lugar de trabajo en Alemania, 14 en Francia, 4 en Dinamarca, Suecia y España, respectivamente, 3 en Brasil y 1 en cada uno de los siguientes países: Italia, Grecia, Noruega, Rusia, Hungría, Japón, Mozambique y México. Es decir 63 en países no anglosajones, más un par de docenas que no dan información al respecto. 16 de ellos se definen como *independent scholars*, 10 estaban realizando su doctorado y 18 trabajaban en museos o bibliotecas historicocientíficas; desempeñan su trabajo en Departamentos o Institutos universitarios de distinta denominación: 37 en historia de la ciencia, 29 en historia, 23 en historia de la medicina, 18 en historia y filosofía de la ciencia, 13 en filosofía, 12 en historia de la ciencia y de la técnica, 8 en estudios sobre la ciencia y la tecnología, 15 son profesores de ciencias o medicina y 25 en ciencias sociales (políticas, sociología, antropología, economía, lingüística, comunicación, psicología). Los restantes se reparten entre una gran variedad de instituciones de denominaciones mixtas (his-

toria de la ciencia e ideas; historia de la ciencia y medicina; historia de la ciencia, tecnología y medicina; historia de la ciencia y estudios culturales; historia y filosofía de las ciencias de la vida; ciencia y política tecnológica...), así como otras de ámbitos más restringidos (estudios sobre el ferrocarril; historia de la conciencia; ética médica; investigación polar; investigación del espacio; investigación pedagógica; ecología humana; estudios asiáticos). Entre todos los colaboradores hay uno que trabaja en un centro dedicado a la historia de las matemáticas y otro a la historia de la química. Los autores españoles que participan son J. Arrizabalaga (voz Sida), J. L. Barona (voces ciencia y medicina medievales, frenología, Ramón y Cajal, Volta), J. Pimentel (voces: expediciones, América Latina y España) y J. M. Sánchez Ron (voz Maxwell), los cuales constituyen una muestra representativa de la comunidad hispánica de la materia.

Otra forma para aproximarnos al significado de libro sería el examen de la literatura recomendada, claro que para analizar los más de 6.000 títulos citados haría falta un artículo; por ello voy a limitarme a comentar la parte sobresaliente de ese universo de citas. En efecto, hay 14 obras citadas 6 ó más veces; la más citada en números absolutos es el *Dictionary of Scientific Biography* (1970-80) editado por Charles C. Gillispie (23 veces), seguida por *Leviathan and the Air-Pump* (1985) de Shapin y Schaffer (10 veces), *The Structure of Scientific Revolutions* (1962) de Thomas S. Kuhn y *Science as Public Culture: Chemistry and Enlightenment in Britain, 1760-1820* (1992), de Jan Golinski (9 veces cada una); les siguen con 7 citas: *The physicists: the history of a scientific community in modern America*, por Daniel J. Kevles (1978), *The History of Statistics: The Measurement of Uncertainty before 1900* (1986), de Stephen M. Stigler, *The values of precision*, de M. Norton Wise (1995), y completan esta selección, con seis menciones cada uno, los siguientes títulos: Michel Foucault, *The order of things: an archeology of the human sciences* [*Les mots et les choses*], (1966; 1ª edición inglesa, 1970), Stephen J. Gould, *The Mismeasure of Man* (1981), Ernst Mayr, *The growth of biological thought: diversity, evolution, and inheritance* (1982), Robert K. Merton, *Science, technology and society in seventeenth century England* (1938), Theodore M. Porter, *The Rise of Statistical Thinking, 1820-1900* (1986), Londa Schiebinger, *Nature's body: gender in the making of modern science* (1993), y Steven Shapin, *A social history of truth: civility and science in seventeenth-century England* (1994). Esta quintaesencia bibliográfica —sorprendentemente moderna en lo tocante a cronología de las publicaciones— puede dar indicación de las influencias presentes en la obra: un sentido contextual del trabajo científico, preocupado por la comunidad experta y sus relaciones con el mundo social, los procesos de consenso internos y externos a la comunidad científica, la construcción lingüística, el análisis de relaciones de poder y de género.

Si extendemos este análisis de los textos a los autores más citados, he encontrado 37 autores que aparecen 10 ó más veces en las bibliografías recomendadas. Entre ellos resultan exóticos, por su procedencia, los alemanes Armin Hermann (1933-), historiador de la física, y Erwin H. Ackerknecht (1906-1988), historiador de la medicina, de largo asentamiento en Estados Unidos como es sabido, y los franceses Michel Foucault (1926-1984), epistemólogo, y Bruno Latour (1947- ), sociólogo. Hay tres mujeres entre ellos, Margaret Rossiter, Londa Schiebinger y Lorraine Daston. De los 24 de los que he podido establecer su fecha de nacimiento resultan cinco nacidos antes de 1910, diez nacidos antes de la segunda guerra mundial y nueve con posterioridad, lo cual es un indicativo de la relevancia que ganan autores más contemporáneos y, por ende, de la frescura y actualización de las lecturas y de los modos propuestos. El más veterano es Alexandre Koyré (1892-1964) y el más joven Simon Schaffer (1955- ). El grupo más numeroso lo constituyen historiadores de la física y de la revolución científica, por orden de citas: J. L. Heilbrom (23), D. J. Kevles (19), M. N. Wise (15), A. J. L. James (14), A. Koyré (13), A. Hermann (11), D. C. Lindberg (11), I. B. Cohen (10). Le sigue el grupo de filósofos de la ciencia compuesto por seis autores, S. Schaffer (27), T.S. Kuhn (23), S. Shapin (20), M. Foucault (19), B. Latour (14), J. Golinski (10), así como otro grupo de cinco expertos en evolución, como M. J. S. Rudwick (17), P. J. Bowler (14), E. Mayr (13), S. J. Gould (12) y W. B. Provine (11). La historia de la medicina tiene cuatro representantes en el cogollo de citas, R. Porter (19), C. Webster (11), E.H. Ackerknecht (10) y R. Cooter (10), al igual que la historia de la química, con J. Needham (18), F. L. Holmes (16), M. P. Crossland (10) y C. A. Russell (10), . Hay dos autores por el ramo de la historia de la instrumentación científica (A.J. Turner, 12, y W.E. K. Middleton, 10), dos autoras por mujeres y ciencia (M. Rossiter, 10 y L. Schiebinger, 10) y un autor y una autora por la historia de la estadística (T. M. Porter, 12, y L. Daston, 12), además de C. C. Gillispie (29), G.E.R. Lloyd (15) y R. M. Young (10).

Me parece que, tras estas pinceladas, podemos quedarnos con la autoidentificación que expresa el editor sobre su compilado libro como «una instantánea de la historia de la ciencia a comienzos del siglo XXI», que refleja en puridad la década de los años noventa del siglo XX.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA  
Universidad de Granada

Roger FRENCH. *Ancients and Moderns in the Medical Sciences. From Hippocrates to Harvey*, Aldershot-Burlington, Ashgate (Variorum Collected Studies Series), 2000; 22+280 pp. ISBN: 0-86078-834-2 (\*).

Este interesante y útil volumen recopilatorio de los trabajos de Roger French entre 1978 y 1997 aparece en la prestigiosa serie *Variorum Collected Studies* de Ashgate, en la que recientemente han aparecido volúmenes dedicados a la obra de Walter Pagel, Franz Rosenthal, Jerry Stannard, Andrew Wear, Danielle Jacquart, Vivian Nutton, David Knight y A. Rupert Hall, entre otros y en la que, irán apareciendo los dos volúmenes dedicados al tristemente desaparecido Luis García Ballester.

Como los demás volúmenes de la serie, la republicación de trabajos dispersos representativos de la obra de un autor tiene un doble valor, dependiendo del público que aborde la lectura del volumen. Para quienes ya conocen la obra del autor en cuestión, el volumen tiene la ventaja obvia de proporcionarle un material que antes se hallaba diseminado en publicaciones que, incluso, podían resultar difíciles de conseguir; en este caso, además, se puede disfrutar de una introducción del propio French (pp. vii-xxi) que resulta esclarecedora en más de un sentido. Para quienes, por el contrario, se aproximan por vez primera a la obra de Roger French, profesor en el Departamento de Filosofía e Historia de la Ciencia de la Universidad de Cambridge, el volumen tiene la ventaja de proponerles, a través de 12 trabajos ordenados y presentados por el propio autor (por cierto con un utilísimo índice de nombres al final), un panorama casi completo de los temas, inquietudes intelectuales y maneras de hacer historia de una de las personas que más y mejor lo ha venido haciendo en el último cuarto del siglo pasado.

En efecto, la aportación de Roger French puede considerarse cuantitativa y cualitativamente como la más importante de los últimos años en un terreno que podríamos definir como historia intelectual de la medicina europea del larguísimo período que va más o menos, en sus propias palabras, «desde la Antigüedad tardía a la época de Harvey». Debe insistirse, quizá, en la pertinencia de la expresión «historia intelectual» porque, en el fondo, el modo de hacer historia de Roger French se nos antoja bastante alejado de la historia social y mucho más cercano a ese tipo de brillante ejercicio interpretativo del lector actual de unos textos doctrinales que, a su vez, son fruto de la lectura de otros textos similares, los cuales comentaban y glosaban aún otros textos

---

(\*) Nota editorial: esta reseña y la siguiente pertenecen al volumen 21, en el cual fueron publicadas incorrectamente, de manera parcial.

más antiguos. Más allá de esta apasionante cadena de autores, lectores, exegetas, glosadores o comentaristas es poco lo que French nos permite atisbar; aunque, por supuesto, es totalmente legítimo que así lo haga. En su sólida interpretación histórica, French ha puesto siempre el acento en la continuidad y siempre bajo el prisma del «uso de los textos de la Antigüedad» en las prácticas intelectuales de un grupo de «figuras» del pensamiento médico europeo medieval y renacentista. Lo dice en la primera frase de la introducción (p. vii) que aquí hemos parafraseado y lo ha cumplido a lo largo de veinte años, como demuestran los trabajos recogidos en el volumen. El meollo de la encomiable tarea intelectual de French es, pues, su lectura tanto de los clásicos como de las lecturas que de los clásicos hicieron distintos personajes a lo largo de quinientos años en diferentes lugares de Europa, con especial predilección hacia italianos (en la selección que comentamos Gentile da Foligno, Gabrielle de Zerbi, Berengario da Carpi o Nicolo Leonicensis) y británicos (aquí representados por Roger of Hereford, Alfred of Shareshill o William Harvey). Lecturas de lecturas, pues, siempre con el objetivo de entender el uso que esos lectores remotos hicieron de textos aún más remotos como fuente de «conocimiento autorizado» acerca de la naturaleza y, sobre todo, de la naturaleza humana, sana o enferma.

El centro de su atención es la relación entre medicina y filosofía natural y sus tesis esenciales son la continuidad, la negación de los conceptos historiográficos como el de «revoluciones científicas», tanto en la primera parte del binomio, como en la segunda, puesto que French es claro en la no aceptación de la denominación «ciencia» y sus derivados («científico») para ese largo período y menos aún atisba nada parecido al problemático concepto de «revolución». Todo lo más, admite que fue en el final de su período de estudio, en el «*Harvey's time*», cuando se empezó a pensar que no era necesario que filósofos naturales y médicos siguieran la autoridad clásica correspondiente para otorgar a su saber criterio de conocimiento verdadero. Por tanto, la historia intelectual europea de ese largo período es, en todo caso, la narración de cómo un grupo de intelectuales europeos fue *eligiendo* a sus antecesores intelectuales, fue *construyendo* sus propios clásicos, diríamos. Y, en ese sentido, basta con recordar quiénes fueron realmente las dos autoridades básicas de la medicina europea de todo ese período: Hipócrates y Galeno. De un lado, un «Hipócrates», que constituyó para todos esos pensadores una única autoridad y un personaje histórico individual y realmente existente, pese a ser resultado, como es bien sabido, de una azarosa invención, a base de unos textos, el *Corpus hippocraticum*, de procedencias y dataciones bien diversas. De otro lado, un «Galeno», intérprete a su vez de ese Hipócrates artificial, o mejor sería decir de varios Galenos, pues fue cambiando, a medida que las vías de transmisión

de sus textos se fueron diversificando, desde los diversos territorios islamizados, desde Bizancio, desde Salerno, o desde Toledo, entre otras vías. Lo apasionante del recorrido es, pues, ver esa lectura continua del saber antiguo como una actitud activa, permanentemente en cambio y evolución, no exenta de opciones divergentes, de reinventiones y olvidos, de descubrimientos y redescubrimientos y a la luz de unos problemas intelectuales nuevos o renovados. Si alguno de esos cambios se aproximó a un *big historical change*, dicho en términos de French que elude así el molesto «revolución», fue consecuencia de la aparición de las escuelas médicas universitarias cristianas a partir de los siglos XII y XIII: allí la formación intelectual del médico universitario pasó a ser el resultado de la asunción de la filosofía natural de Aristóteles como base teórica inseparablemente unida a la lectura más o menos estandarizada del Galeno y el Hipócrates que los maestros cristianos latinos habían aprendido, bien de los compiladores y comentaristas islámicos y bizantinos, bien de las aportaciones de los traductores y comentaristas salernitanos, toledanos, catalanes o provenzales.

Toda esta *big picture* sintetizada en la introducción redactada por French específicamente para este volumen recopilatorio, se transforma o se plasma en ejemplos concretos a lo largo de los doce artículos recogidos en él y ordenados en el volumen de modo cronológico según los temas: fragmentos griegos de libros perdidos de Galeno sobre anatomía (1978), la recepción latina de la anatomía fisiológica de Galeno (1979), el origen de cinco figuras anatómicas medievales (1984), el tradicional *accessus ad auctores* de los autores medievales sobre anatomía (1979), el peso de la astrología islámica en la medicina inglesa de finales del siglo XII (1996), la astrología en la práctica médica especialmente a través de Pietro d'Abano (1994), el uso docente del comentario al *De Plantis* por Alfred of Shareshill (1997), el peso de Avicena en la obra y la enseñanza de Gentile da Foligno (1985), la ética médica de Gabrielle de Zerbi (1994), el uso didáctico del comentario en la obra anatómica de Berengario da Carpi (1985), el debate sobre la obra de Plinio en el Renacimiento (1986) y los lenguajes de la filosofía natural de William Harvey (1994). Como puede verse, un abanico amplio de temas y de autores que para cualquier estudioso que hoy desee acercarse a muchos de los debates intelectuales sobre la medicina y la filosofía natural del largo período que va del siglo XII al XVII constituyen una lectura obligada. Los cuatro primeros trabajos están dedicados a la anatomía galénica y a su transmisión a la cultura medieval islámica y cristiana. Le siguen un par de trabajos dedicados a la astrología médica islámica y su impacto en la práctica médica cristiana. La segunda mitad de la recopilación se inicia con el trabajo sobre el comentario al *De Plantis* de Alfred of Shareshill (siglo XIII) para desembocar en tres estudios fundamentales de French dedicados a otros tantos autores esenciales del renacimiento médico

italiano de los siglos XIV y XV: Gentile da Foligno, Gabriel de Zerbi y Berengario da Carpi; en ellos, de nuevo, la filosofía natural, la ética médica y la anatomía vuelven a ser objeto de principal atención, esta vez inteligentemente escrutada desde el punto de vista de la enseñanza de la medicina en el ámbito universitario, es decir, la transmisión de los textos planteada a través de la práctica docente como modo de observar las transformaciones que una y otra conocieron en esa época. Plinio a los ojos de los médicos renacentistas —mi trabajo favorito— y «los lenguajes de la filosofía natural de Harvey» cierran el volumen y el largo recorrido histórico de los temas que han interesado a French a lo largo de su fecunda y extensa vida intelectual, por el momento, claro. Una de las ventajas de hacer a tiempo este tipo de volúmenes recopilatorios —y entiendo por «a tiempo» cuando el autor objeto de recopilación está todavía en plena actividad académica e intelectual— es que deja en el lector la agradable sensación de pensar que esto es lo que nos ha dado «hasta ahora» y que, sin duda, aún le queda mucho por decir. ¿Hacia dónde dirigirá French en los próximos años su escrutadora mirada de lector de textos de medicina y sus reflexiones acerca de la medicina y la filosofía natural del largo galenismo europeo? La aparición de su *Dissection and Vivisection in the European Renaissance* el pasado año 1999 —también auspiciada por Ashgate— es la respuesta. Pero el comentario de este nuevo libro de Roger French quedará para otra ocasión y para otro lector que se sienta estimulado a acercarse a la obra de este autor. De hecho, personalmente, creo que el principal valor de la recopilación que comentamos debe ser la de incitar a conocer mejor y más en profundidad la amplia y sugerente obra de Roger French.

JOSÉ PARDO TOMÁS  
Institución Milà i Fontanals, CSIC, Barcelona

Jean-Pierre BÉNÉZET. *Pharmacie et médicament en Méditerranée occidentale (XIIIe-XVIe siècles)*, Paris, Honoré Champion, 1999, 794 pp. ISBN: 2-7453-0001-6, [580 F] (\*).

En 1999 unos doscientos historiadores e historiadoras de la farmacia se reunían en Florencia para celebrar su 34 Congreso Internacional. En las principales universidades europeas son abundantes los cultivadores de este campo desde los primeros años del s. XX y la existencia de una Academia

---

(\*) Nota editorial: Esta reseña y la anterior pertenecen al volumen 21, en el cual fueron publicadas, incorrectamente, de manera parcial.



Internacional de Historia de la Farmacia, de una Sociedad Internacional y de distintas sociedades nacionales son hechos constatados.

Sin embargo, en estos ambientes no proliferan demasiado las publicaciones de casi 800 páginas firmadas por un solo autor, de ahí la agradable sorpresa que produce la aparición del texto que ahora comentamos, sorpresa que a su vez se convierte en admiración al comprobar que estamos, por fin, ante un nuevo modelo para construir la Historia de la Farmacia.

No cabe duda que la lectura de este texto nos lleva a otros valores donde las mentalidades, lo cotidiano, el ser humano y su espacio, son coordenadas básicas para la construcción temática. Situado en la transición Bajomedieval/Renacimiento y en el espacio Mediterráneo occidental, la obra se vertebra en los siguientes apartados: un primer capítulo donde se describen las fuentes documentales, iconográficas y museológicas; es de destacar aquí la ingente labor archivística que el autor ha realizado y que seguramente si hubiera hecho terceras lecturas de estos documentos, hubiera aportado conclusiones más definitivas que hubieran fijado con mayor exactitud el tema. Una segunda sección introduce al lector en un breve repaso por la historia general de la Farmacia; en él se menciona el marco institucional, los cometidos del especiero o boticario, el modelo árabe de la práctica e incluso la mención de minorías marginadas en este ejercicio como es la presencia de judíos; completa este apartado ciertas consideraciones sobre los manuales para la preparación de medicamentos de este periodo. Bajo el epígrafe tercero y cuarto, se abordan las grandes novedades metodológicas de este autor; con subtítulos literariamente muy logrados como son «propiedad rural: lo concreto, el sueño y la distinción», o «los consumidores de cuidados y de medicamentos», y previa selección de una serie de ciudades del sur de Francia, Italia y Corona de Aragón, Bénézet, nos pone sobre la pista de lo que supuso el ejercicio farmacéutico contextualizado en el resto de profesiones, en su práctica cotidiana, en el acto de dispensación del medicamento, en la parafernalia de sus instrumentos, y en la decoración de su microambiente, así como sus vestidos, su estatuto familiar, su artesanía, etc. El capítulo quinto se ciñe al quehacer farmacéutico; en él nos cuenta en que consistía el material de la oficina y entra en minuciosos detalles en torno a la preparación de simples y otros asuntos que van desde las características de los morteros y los alambiques hasta las más variadas tenencias además de los fármacos existentes en la botica como las confituras, bebidas, alimentos o cera. Los capítulos siguientes podrían considerarse una segunda parte puesto que quedan a modo monográfico centrados en el medicamento, en la terapéutica farmacológica medieval y sus reglas, el conocimiento de

drogas, posología, propiedades, formas farmacéuticas y sus indicaciones así como las conexiones entre medicina, medicamento y religión, y medicamento, medicina popular y terminología terapéutica.

En su afán por enseñar al posible lector todo un cuerpo de doctrina histórico-farmacéutico, Bénézet, dedica casi cien páginas a describir las vías de administración de los medicamentos oficinales y, siguiendo una clasificación por indicaciones contemporánea, se refiere a medicamentos líquidos de la vía cutáneo-mucosa, medicamentos ginecológicos, formas sólidas destinadas a uso externo, etc. Conclusiones, anexos, índice patronímico, de autores y de obras, de nombres de lugares, temático y tabla de materias cierran este texto y nos evidencia muestra la cuidada edición que además va prologada por Jean Flahaut miembro de la Academia de Medicina.

Así pues, hemos de reconocer que este investigador en solitario ha pretendido cambiar a otra historicidad, donde la complejidad de lo social supera el discurso lineal del conjunto de sucesos a que tan acostumbrados nos tienen el grupo de estudiosos de la farmacia tradicionales. Es otro horizonte histórico donde la unicidad del acontecimiento se anula en una interacción de secuencias que nos muestran la connotación existencial del oficio de farmacéutico y sus conductas específicas.

Nuestro autor escribe al comienzo de la obra que él, de profesión farmacéutico, ha aprendido de historiadores e historiadoras por creer firmemente en la interdisciplinariedad de la Historia de la Farmacia, aunque, citando a Braudel, «pueda parecer presuntuoso para un novicio, introducirse en un campo tan amplio». Y quizá él mismo esté aquí manifestando su propia autocritica ya que aunque entre sus páginas haya alusiones a la utilización de ciertos inventarios para el estudio de la dinámica familiar, estrategias matrimoniales etc., sin embargo, no logra con exactitud transmitir plenamente la mentalidad y vida cotidiana de los actores de su «historia». La autonomía del medio geográfico, la temporalidad y su contexto económico, social y científico nos ofrecen un orden estructural que con mayor sobrepeso de realidades antropológicas y culturales e incluso con un tratamiento lógico-lingüístico o morfo-sintáctico de los términos, hubiera abierto a los futuros investigadores a nuevas potencialidades y tipologías más precisas.

Es evidente además que sus estudios universitarios le imprimen mayor carácter que su formación doctoral, ya que disfruta cuando se sumerge en el mundo de los alambiques, morteros, recipientes de trabajo o «baterías de cocina» sobre los que el boticario construyó el transcurso de sus días en su casa-botica. Quizá la pasión por su propiedad le hace olvidar la institución del

Hospital y otras imágenes en relación con la sanidad que suponen una colectividad y no una individualidad.

A pesar de estas ausencias, insistimos en la validez de los enlaces dialécticos que este libro nos ofrece y en la brillante articulación de sus contenidos al intentar mostrarnos un posible diálogo entre el enfermo y su terapéutica.

SAGRARIO MUÑOZ CALVO  
Universidad Complutense de Madrid